Hijos de la noche

5509

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LOS HIJOS DE LA NOCHE.

Visto

6 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

3

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandidos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hijà de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huésps.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Nav.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragones.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

LOS HIJOS DE LA NOCHE.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR MR. VICTOR SEJOUR,

y arreglado á la escena española

POR DON IGNACIO VIRTO.

Representado con estraordinario aplauso en el Teatro de Variedades, en la noche del 11 de enero de 1857.

N.º 299.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/loshijosdelanoch00sejo

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAJES

DEL PRÓLOGO.	ACTORES.
JULIA FABELI. . . .	Sra. Scapa (D.ª Antonia).
MARIA.	Sra. Gomez.
EL DUQUE DE SCYLLA.	Sr. Lopez Ayllon.
EL CONDE ORBANI. . .	Sr. Cáceres.
BRABADURÀ.. . . .	Sr. Lopez (D. Juan.)
EL MARQUES DE MONTEFIORE.	Sr. Alvarez.
TOMAS.	Sr. Benedí.
PIETRO.	N. N.
DOS PEREGRINOS. . .	N. N.

Nobles y caballeros.

DEL DRAMA.	
JULIA FAVELI. . . .	Sta. Scapa (D.ª Anonia).
MARIA.	Sra. Gomez.
MYRTA.	Sta. Scapa (D.ª Asuncion).
FIAMETA.	Sta. Garcia.
FINGAR. . . ; . . .	Sra. Rejano.
BENLEIL..	Sr. Lopez Ayllon.
DONATO.	Sr. Lopez (D. A.)
BRABADURA.	Sr. Lopez (D. J.)
EL MARQUES DE MONTEFIORE.	Sr. Alvarez.
GUISCA.	Sr. Vidales.
EL VIREY.	Sr. Gutierrez.
BEPPO.	Sr. Merino.

Nobles.—Piratas.—Gentes del pueblo de ambos sexos. Criados.—Escuderos.—Soldados, etc.

La accion pasa en el prólogo, año de 1589.—En el drama 1602.

PRÓLOGO.

LA MUERTE DE SCYLLA.

Altura de un monte: á lo lejos se divisa el golfo de Nápoles; á la izquierda una cabaña con una especie de calzada practicable, á la que se llega por una rampa esterior; detrás de esta cabaña, un sendero que conduce á la altura de la montaña: al último término de la derecha, rocas que dominan el mar: en primer término una capilla. La escena empieza al ponerse el sol.

ESCENA PRIMERA.

MARIA.—PEDRO.—*María estará sentada en la puerta de la cabaña y mirando al interior. Pedro baja precipitadamente de la montaña.*

PEDRO. Pronto, María, pronto: dicen que van á forzar el paso de la gruta del Pausilipo, y entonces nos cogerán entre dos fuegos. Por un lado estan los soldados del Rey de Nápoles, y por el otro los revoltosos mandados por el Duque de Scylla; huyamos.

MARIA. Y qué tengo yo que perder? Soy la guardiana de esta solitaria capilla, estoy en mi puesto, y no me moveré de aquí.

PEDRO. Lo que quieras; pero haces mal, María, muy mal; mira que no siempre es bueno el rey Federico, y el Duque de Scylla pasará á degüello á todos los que no piensen como él. Anda, deja encomendada á Dios y á San Javier esta capilla,

678227

y sígueme. Desde aquí puedes ver á los fugitivos; haz como ellos, recoge tus hijos y todo cuanto tengas de mas precioso; ven, ven.

MARIA. Dios nos protejerá á mí y á ellos.

PEDRO. Van á desaparecer; por última vez, te vienes?

MARIA. No.

PEDRO. Pues que la Santa Madona te socorra. Adios. (*Vase.*)

ESCENA II.

MARIA.

Gracias á Dios que se ha ido: creí que iba á despertar á mis hijos!.. Mis hijos! por fortuna, no tengo mas que uno; pobre angel! desconocido y abandonado por su padre, su primera palabra sera maldecirle, quizás despreciarme á mí que le he concebido en la vergüenza y el crímen! pobre hijo mio! Quédate siempre pequeño para que nunca te puedas avergonzar de mí!.. ¡Ah! Tu compañero de cuna se despierta tambien: es un hijo del Duque Scylla; ya se lee en su mirada la arrogancia y el poder. Dormid, hijos mios, dormid! La muerte os adormecerá un dia sin preguntaros vuestro nombre.

ESCENA III.

MARIA.—BRABADURA.

(*María ha quedado inmóvil: Brabadura enmascarado baja de la montaña; se acerca con precaucion y mira al interior de la cabaña, por encima del hombro de María.*)

BRABAD. Vive Cristo! para ver por las rendijas de la puerta no he visto mal; son dos niños.

MARIA. Quién sois? Qué quereis?

BRABAD. Yo?.. nada: miraba esas dos criaturas, á ese sobre todo, con ese mechon de cabellos blancos, mezclados en su cabellera negra.

MARIA. Ese niño es huérfano.

BRABAD. No digo lo contrario, pero se parece á los Scyllas. Ya debeis conocerlos: los Scyllas, llamados asi porque brilla ese mechon de cabellos blancos sobre su frente.

MARIA. Seguid vuestro camino, buen hombre.

BRABAD. Qué, te estraña lo que te cuento? Pues todos los Scyllas tienen esa señal, por un pacto que han hecho con el demonio; te cuento una de las mil leyendas de la Calabria.

MARIA. Pero quién eres tú? *(Queriendo arrancarle la máscara.)*

BRABAD. No te impacientes.

MARIA. Un hombre que se oculta: entonces el conde de Orbani no debe de estar lejos.

BRABAD. Tan lejos como la sombra del cuerpo.

MARIA. O el puñal de la mano.

BRABAD. No os incomodeis; el conde de Orbani es un escelente padre, y viene loco de alegria á abrazar á su hijo, vuestro querido Pedro; qué hay de mal en esto?

MARIA. Vete! abrazar á su hijo! *(Colocándose entre él y la puerta.)* Si Dios quisiera que un dia tuviese ese deseo, yo gozaria arrebatándole esa felicidad.

BRABAD. (Es rara esta mujer.)

MARIA. Viene quizás para robármelo? Que venga, que venga, sabrá lo que es una madre desesperada. *(Entra en la cabaña.)*

ESCENA IV.

BRABADURA.—EL CONDE ORBANI.

BRABAD. (El Conde!)

ORBANI. Qué hay? Qué has hecho?

BRABAD. El hijo de Scylla está allí.

ORBANI. Ya sabes lo que te queda que hacer: yo entretendré á María, corre. *(Brabadura desaparece por detrás de la cabaña. El Conde hace una señal y entran dos peregrinos.)*

ESCENA V.

El Conde.—*Los dos peregrinos.—A poco* Maria.

Orbani. *(Llamando.)* Eh! no hay aquí nadie.
Maria. Qué se ofrece?
Orbani. Eres tú, María?
Maria. No, soy la guardiana de la capilla: la mendiga que vive de la limosna de los peregrinos, y que dá gracias á Dios de no comer de tu pan, conde Orbani.
Orbani. Eres cruel!
Maria. Qué me quieres?
Orbani. Son estos ilustres y piadosos peregrinos que desean visitar la capilla: dales la llave, y esta vez te prometo que serás bien pagada.
Maria. Aqui está! *(Dá la llave, y los peregrinos entran en la capilla.)*

ESCENA VI.

Maria.—Orbani.

Maria. Cómo te atreves á estar aqui cuando tratan de atacar el monte Pausilipo?
Orbani. Olvidas que soy tu mayor amigo?
Maria. Nunca se puede ser amigo de la mujer que se ha abandonado.
Orbani. María, yo te juro...
Maria. Yo no os pido nada, ni aun vuestras protestas de piedad. Yo no tengo para vos ni cólera, ni odio; no tengo mas que desprecio. *(Se dirige hácia la cabaña.)*
Orbani. María!
Maria. Quereis que os diga lo que pienso de vos en este momento? Pues voy á decíroslo. Habeis venido aqui sin duda para alguna obra infame, conde Orbani: brillan hoy muchas espadas al sol, para que no se oculte un puñal en la sombra: veamos

que buscais aqui, á qué mujer ó á qué hombre pensais herir? Al hombre en su fortuna y en su vida; á la mujer en su honor. Vamos, hablad.

ORBANI. Yo soy un servidor del Rey, y velo para que se castigue á los traidores.

MARIA. Traidores! Y vienes á buscarlos en esta capilla?

ORBANI. (*En voz baja.*) Yo busco á Scylla! A qué hora le esperas?

MARIA. Yo no espero á nadie.

ORBANI. A nadie? Vamos, estás aun irritada de mi abandono. Considera bien á donde nos hubieran conducido nuestros amores: yo soy ambicioso, y tú no podias hacer nada por mi suerte; tú tienes orgullo, belleza; pero yo soy de aquellos que no comprenden mas que el poder. Nuestro amor era una debilidad, nuestra alianza puede ser una fuerza; quieres seguirme en mi camino? Quieres engrandecerte conmigo? Conozco tu corazon, corazon inquieto, celoso, ardiendo de cólera y de deseo; hé ahí lo que tú eres.

MARIA. Cuál es vuestro objeto?

ORBANI. Uno me trae aqui. Pronto lo sabrás.

MARIA. Y cuál es?

ORBANI. He pensado casarme.

MARIA. Podeis hacerlo; sois libre.

ORBANI. Este matrimonio debe asegurar ante todo el porvenir de nuestro hijo.

MARIA. Nuestro hijo! nuestro hijo! Callad, conde de Orbani: os habeis quizás acordado del hijo para pedir alguna infamia á la madre?

ORBANI. Mala opinion tienes de mí.

MARIA. Primero me dejaré arrojar en el golfo que prestarme en nada á tu ambicion.

ORBANI. Haz lo que quieras: entonces te recordaré la noche del 11 de julio, la noche en que fuiste madre.

MARIA. Te atreves á recordarme aquella noche terrible?

ORBANI. Un hombre entró furtivamente en tu cabaña.

MARIA. Dónde estabas tú?

ORBANI. Este hombre misterioso te dijo: tu madre ha nacido en mis dominios, y fué sierva fiel y leal de mi padre; quieres tú servirme ahora?

MARIA. Y tú escuchastes eso?

ORBANI. El desconocido entreabrió su capa donde tenia oculto un niño recien nacido, y te mandó le alimentases al propio tiempo que al tuyo.

MARIA. Y tú vistes eso?

ORBANI. El desconocido desapareció... pero debe volver hoy aquí.

MARIA. (Oh!)

ORBANI. Dentro de dos horas vendrá acompañado de su querida, á la que quiere hacer su esposa; esta mañana has recibido un aviso, y les esperas en esa capilla donde deben casarse.

MARIA. Mientes, te digo.

ORBANI. El hombre se llama Scylla... Scilla el proscripto: su cabeza está pregonada, y se puede sin temor alguno matarle donde se le encuentre. Qué dices á esto?

MARIA. (Miserable!)

ORBANI. En cuanto á la mujer es diferente: es hermosa y rica, morena como una noche de otoño, de corazon fuerte, como lo son las hijas de la Calabria: se llama Julia Faveli.

MARIA. Qué me importa!

ORBANI. Es hija del gran Canciller, uno de los partidarios fanáticos de Fernando V.

MARIA. Empiezo á comprender para qué han entrado ahí esos hombres. (*Señalando á la capilla.*)

ORBANI. Mas vale asi; de ese modo me evitas el decírtelo. Concluyo: Julia ha huido esta noche de la casa paterna, dejando por despedida á su padre la revelacion de su deshonra.

MARIA. Imprudente.

ORBANI. Las mujeres son asi; falsas cuando hablan, francas cuando escriben; yo estaba al lado de su padre cuando leyó la carta: al principio guardó silencio, pero despues me tendió la mano, esclamando: doy cien mil ducados de dote á mi hija: si te conviene, tráemela cabeza de Scylla y son tuyos: su oferta me convino, la he aceptado, y héme aquí.

MARIA. Insensato que creia que Scylla se dejaria matar como un cobarde!

ORBANI. Me importa poco que muera como valiente; el caso es que muera.

MARIA. Y de ese modo, el gentil hombre, el poderoso conde de Orbani, no se avergonzará de conducir al altar á una vírgen... acompañada de un niño?

ORBANI. Los de Orbani han odiado siempre á los Scyllas. *(Pausa.)* Escucha, María: quieres que nuestro hijo, nuestro hijo... lo oyes bien? Quieres que nuestro bijo sea un dia mas rico que todos los nobles de Nápoles... que reuna sobre su cabeza la doble corona de los Favelis y de los Orbanis?... que sea igual á los príncipes y á los poderosos... y que desde la Calabria hasta la tierra de Otranto, pueda marchar cuatro dias sin abandonar sus dominios?

MARIA. Y tú harás eso, Orbani? Harás eso por nuestro hijo! Ah! Toda mi sangre gota á gota, hasta la última, tómala, Orbani, tómala, y que esto suceda: á todo accedo, á todo.

ORBANI. Ya se despierta tu ambicioso corazon. Escucha: (*En voz baja.*) Julia... no conoce á su hijo.

MARIA. Y qué?

ORBANI. En lugar de Donato le presentarás á Pedro: eso es todo.

MARIA. Ah!

ORBANI. No temas, ella le amará como á su hijo.

MARIA. (Infamia! Infamia!)

ORBANI. Tú serás su nodriza: no dudes en dar la tuya por prolongar su vida, y disimula y miente para ayudar á su grandeza. Siendo su madre no harás de él mas que un pastor, un mendigo, quizás un bandido que te maldecirá un dia; siendo su nodriza, harás de él mas que un gentil hombre, harás un príncipe poderoso.

MARIA. Ni una palabra mas: yo rehuso.

ORBANI. Hablas sin reflexionar.

MARIA. Nunca! nunca!

ORBANI. Y sin embargo, así ha de ser.

MARIA. Guárdate, conde de Orbani, si quieres separarme de mi hijo. *(Se coloca en la puerta de la cabaña, cerrándole el paso.)*

ORBANI. Te digo que así será.

MARIA. Tú no sabes aun lo que es una madre; ven á robármelo si te atreves. (*En este momento salta*

por detrás de la cabaña Brabadura llevando al niño oculto bajo de la capa.)

ORBANI. (Brabadura!) Habia previsto ya tu negativa.

MARIA. Primero me matarás sobre el umbral de esta puerta.

ORBANI. Quiéres que te obligue á ser mi cómplice?.. sea.

MARIA. Yo no te temo.

ORBANI. Vé á consultar la cuna, y me responderás luego.

MARIA. (*Entra en la cabaña.*) Ah!

BRABAD. (*Bajando.*) Y qué hago yo de este niño?

ORBANI. Lo que quieras.

BRABAD. Lo haré pirata.

ORBANI. Bueno. Vamos, este es negocio hecho. (*Brabadura huye por la montaña con el niño.*)

MARIA. (*Sale precipitadamente.*) Dios mio! robado, robado! Dónde está Donato? Qué has hecho de él?

ORBANI. Pregúntaselo á ese bandido que te habló hace un rato.

MARIA. Pero eso es infame.

ORBANI. La mitad del negocio está hecho, lo demás á ti te toca.

MARIA. No, y mil veces no: yo publicaré por todas partes vuestra infamia.

ORBANI. Yo diré que tú eres mi cómplice.

MARIA. No te creerán.

ORBANI. Prueba á hacerlo.

MARIA. Oh! Despues de haberme hecho la víctima de tus vicios, quieres hacerme ahora la cómplice de tus crimenes.

ORBANI. Mi cómplice? Di mas bien la asociada de mi fortuna.

MARIA. Bien, todo lo haré por mi hijo: el cielo para él, el infierno para mi! Lo acepto todo.

ORBANI. Harto te has hecho de rogar. (*Mirando al foro.*) Ah! Es Julia! Cuento contigo?

MARIA. Soy tuya. (*Orbani entra en la capilla.*)

ESCENA VI.

MARIA.—JULIA.—TOMÁS *que se aleja.*

JULIA. El duque Scylla vendrá á reunirse aquí con el Marqués de Montefiore: id á avisar á nuestros amigos. *(Váse Tomás.)* Sereis sin duda la mujer á quien busco: os llamais María?

MARIA. Sí señora.

JULIA. Yo soy Julia Faveli! Ah! bendita seais! Dónde, donde está mi hijo... María? No, ahora no; tengo miedo de morir abrazándole... debe parecerse á su padre, no es verdad?

MARIA. Señora...

JULIA. Oh! sí, sí, asi debe ser: le amo tanto! Hijo mio! Yo estoy loca, la alegria me mata: tú debes comprender esto, puesto que eres madre tambien: me enseñarás á tu hijo.

MARIA. Mi hijo...

JULIA. Sin duda: le amo ya; no es el hermano de leche de mi Donato? Cómo se llama? Ven, ven, y los abrazaremos á los dos juntos.

MARIA. Allí no hay mas que uno.

JULIA. Dios mio! Mi hijo ha muerto!

MARIA. No, vive.

JULIA. Ah! Desgraciada. (*Cogiéndole la mano.*)

MARIA. Yo no tengo ya hijo.

JULIA. Pobre madre! y yo que te hablaba de él! Hubiera debido adivinarlo en tu palidez: nosotras le lloraremos juntas, y no abandonarás nunca á mi Donato que tambien es tu hijo.

MARIA. Señora...

JULIA. Yo te lo dejaré, y se adormirá, y se despertará en tus brazos, consolándote sus caricias del ángel que has perdido.

MARIA. (Ah!)

JULIA. Y te querrá mucho, ya verás. Tú tambien serás su madre, no es verdad?

MARIA. Oh! sí, sí: yo seré su madre.

JULIA. Las dos lo seremos: vamos á abrazarle. *(Aparecen varios nobles por la izquierda, trás ellos*

Scylla y Montefiore: Tomás por el lado opuesto seguido de hombres armados.)

TOMAS. Señores, aquí está Monseñor.

ESCENA VII.

Los mismos.—SCYLLA.—MONTEFIORE.—*Nobles.*

SCYLLA. Señores, os presento á Julia Faveli, que antes de una hora será duquesa de Scylla.

MONTEF. Ya sabemos el interés que tomais por la suerte de nuestras armas, señora. Gracias, mil gracias.

JULIA. *(A Scylla.)* Yo quisiera que abrazáramos juntos á nuestro hijo.

SCYLLA. Mi presencia es aqui necesaria: al momento me reuno á ti. *(María y Julia entran en la cabaña.)*

ESCENA VIII.

Dichos, menos MARIA Y JULIA.

SCYLLA. Señores, todo está dispuesto: he recorrido las provincias, y no hay mejor ocasion que esta para lanzarnos al campo, y asegurar el éxito de nuestra empresa. Antes de un mes Federico de Aragon será derrotado por los ejércitos reunidos de Francia y de España, y nosotros no haremos mas que cambiar de señor. Ganémosles la vez, levantando á Nápoles y Sicilia. No sea un pueblo de esclavos el que vaya á combatir á sus enemigos, sino un pueblo libre que irá á batirse y á morir con gloria por su independencia y su libertad. No se puede matar á un pueblo entero: sucumbirá en una provincia, pero se alzará vencedor en otra; aun en su agonía es temible. Hé aquí para lo que os he reunido, para deciros... Libertemos á Nápoles para poder luchar mejor con el estranjero.

MONTEF. Las tropas de Palermo nos faltarán. Montecorvino

dice que no se alzará hasta que el castillo nuevo esté en nuestro poder.

SCYLLA. Esta noche el castillo será nuestro. Hay hombres de mi confianza en la plaza... pero tengo un auxiliar mejor que todos: el hambre.

MONTEF. El hambre!

SCYLLA. Si: y ya veis, soldados sin pan, hombres vencidos. Yo he hecho repartir dinero á los mas necesitados, que saldrán á proveerse á los mercados de los alrededores: entonces se efectúa un doble ataque: por dentro, como los puestos están cambiados estalla la revuelta... por fuera Mascára y los suyos se dirigen á la puerta de San Cárlos de Martello. Desde las alturas rodearán la fortaleza, y entonces... veis ese monte? Pues bien, si la empresa faltára, una columna de fuego se levantará de allí; nosotros nos alzaremos á nuestra vez: Montecorvino pone sus hombres en movimiento, Nápoles se levanta, los partidarios de Federico de Aragon son cogidos entre un bosque de espadas y una lluvia de fuego. Y con la ayuda de Dios, el grito de libertad clamará del cielo á la tierra: Nápoles es libre!

TODOS. Viva Scylla!

MONTEF. Cuánto ha tardado esta hora en sonar! Pero Montecorvino está al otro lado del Pausilipo. Cómo advertirle del éxito?...

SCYLLA Le advertirá el ruido del ataque que dirigiremos inmediatamente sobre la villa de Aversa. Volved á vuestros puestos. Seiscientos de los nuestros, los mejores, esperan escondidos entre los rosales con el puñal en los dientes y la escopeta montada. Únicamente nuestros esfuerzos reunidos, y la prontitud de nuestros movimientos, pueden hacer posible la victoria. No lo olvideis.

MONTEF. Pero y si nosotros no viésemos la señal desde el sitio en que estamos ocultos?

SCYLLA. Acostados contra la tierra, prestad el oido: cuando aparezca la llama, tres tiros de esta escopeta sonarán en los ecos de la montaña... levantaos entonces, que yo no tardaré en reunirme á vosotros.

MONTEF. Dios vele sobre tí!

SCYLLA. Que Dios vele sobre Nápoles! Un pais que cae no vuelve á levantarse mas; un hombre que muere, hay mil que le reemplacen. Tened cuidado. La señal... los tres tiros. Valor, y Dios salve á Nápoles!

TODOS. Viva Nápoles! *(Vánse todos, menos Scylla y Tomás.)*

ESCENA IX.

SCYLLA.—JULIA *que ha aparecido momentos antes á la puerta de la cabaña.*—TOMÁS.

JULIA. Sí, viva Nápoles: pero no hagais huérfano á mi hijo, Dios mio!

SCYLLA. Julia!

TOMAS. Yo velaré á la entrada del bosque para que no os sorprendan.

SCYLLA. Sí, vé, mi fiel Tomás.

TOMAS. Temo el abandonaros, monseñor. Podeis de un momento á otro ser reconocido... principalpalmente por ese mechon de cabellos blancos que está revelando vuestra raza y vuestro nombre.

SCYLLA. Y qué? Tan solo dice que soy el primogénito de los Scyllas. Vive Dios! Es un hermoso título para que yo no esté orgulloso de llevarlo.

JULIA. Tomás tiene razon: entremos en la cabaña de María.

SCYLLA. Tú te reunirás á mi cuando oigas el segundo tiro, lo oyes bien?... el segundo tiro; y entonces partiremos juntos. *(Tomás se aleja: en este momento aparece María á la puerta de la cabaña.)*

ESCENA X.

SCYLLA.—JULIA.

SCYLLA. Oh! mi bella Julia! Al fin estamos solos! Al fin puedo darte toda mi alma en una mirada!

JULIA. Scylla!

MARIA. (Cómo ama á esa mujer!)

SCYLLA. Ya soy todo para ti, todo para mi hijo. *(A María que está absorta.)* Está dispuesta la capilla, María?

MARIA. Monseñor?

SCYLLA. En qué diablos piensas ahora?

JULIA. Oh! no la riñas, amigo mio... piensa sin duda en su hijo, cuya pérdida llora.

SCYLLA. *(Con dulzura.)* Tienes lista la capilla, mi buena María?

MARIA. Está dispuesta.

SCYLLA. He querido que bendiga mi matrimonio el limosnero del convento de san Estéban.

MARIA. Vá á venir.

SCYLLA. Sé que vive de las limosnas de los penitentes de la montaña. Esta es la mia... *(Dándole una bolsa.)* y la de Julia...porque los dos somos dos penitentes de amor que vamos á pedir á Dios eternice la llama de nuestros corazones y la juventud de nuestras almas.

MARIA. Gracias, monseñor. (No, nada para mí, nada.) *(Arroja la bolsa.)*

SCYLLA. Vamos, Julia, vamos.

MARIA. (La fatalidad lo quiere.) *(Váse con las escopetas. Scylla y Julia se dirigen á la capilla. Orbani y dos hombres aparecen.)*

ESCENA XI.

Dichos.—ORBANI.—*Dos hombres.*

SCYLLA. Tierra y cielos! Mi escopeta!... Oh! se la han llevado. *(Le rodean.)*

ORBANI. Eh! un paso, un grito, un gesto... y eres muerto.

JULIA. (*Cayendo arrodillada á los piés de Scylla.*) Ah!

SCYLLA. Déjame!

JULIA. No, Scylla, no. Van á matarte, y tú debes vivir, aunque no sea mas que por un momento, aunque no sea mas que para dar la señal que tus amigos esperan... Mira... mira la columna de fuego que ilumina la cumbre de la montaña.

SCYLLA. Dios mio! Sí, si ellos son!

ORBANI. Puedes escoger tu muerte, Scylla. A tu espalda tienes un precipicio de doscientos piés: á tu frente á tus enemigos implacables y resueltos.

JULIA. Ah! Perdon, perdon!

SCYLLA. Ah! sí, sí: es la columna de fuego. Bien, amigos mios! Oh! y los otros que me esperan...

ORBANI. (*A Julia.*) Reconoceis esta firma?

JULIA. Es la de mi padre!

ORBANI. Dá su consentimiento para mi matrimonio con Julia, su hija.

JULIA. Yo vuestra mujer? Nunca!

SCYLLA. Y los tres tiros que era la señal... los tres tiros... pero cómo!... Y no tener un arma! Dios mio! heridme tres veces, y yo os bendeciré.

ORBANI. (*A Julia.*) Consiente en ser mi mujer, y vivirá.

JULIA. Nunca compra la vida Scylla con una cobardía.

ORBANI. Quieres?

JULIA. Yo moriré con él!... No.

ORBANI. (*A uno de los hombres.*) Fuego, Pietro!

SCYLLA. Dios me ha escuchado. (*A Pietro.*) Fuego! (*Dispara Pietro y cae herido Scylla sobre las rocas.*)

JULIA. Ah!

SCYLLA. Uno!

ORBANI. El sacerdote espera... me sigues?

JULIA. No.

ORBANI. Fuego!

SCYLLA. Fuego! (*Hace fuego el otro peregrino.*) Dos!

ORBANI. Obedecerás á tu padre?

JULIA. No.

SCYLLA. Bien, esposa mia, bien.

ORBANI. Al corazon entonces, al corazon! *(Aparece Tomás en las rocas de la izquierda.)*

TOMAS. Si, al corazon, miserable! *(Dispara y cae Orbani.)*

ORBANI. Maldicion!

SCYLLA. Tres! Ahora ya puedo morir.

JULIA. Oh! Dios mio! Dios mio!

TOMAS. Mi pobre señor.

SCYLLA. No me lloreis! (*Se oye tambor y fusileria.*) Mi muerte sirve de señal para la libertad de mi pais.... Adios! *(Muere.)*

JULIA. Muerto!... Tu hijo será digno de tí, Scylla... *(María aparece en la puerta de la cabaña.)* María... tráeme á mi hijo.

MARIA. (Su hijo!... Bien! Pietro será Príncipe!)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

LA PLAZA DE NAPOLES.

El teatro representa una plaza pública en Nápoles. A la derecha, en primer término, una casa.

ESCENA PRIMERA.

BRABADURA.—FINGAR.—GUISCA.—*Gentes del pueblo paseando por la escena.*

BRABAD. El cielo me confunda; tres horas há que andamos corriendo por esta villa de Nápoles, y no le encontramos. Voto á!...

GUISCA. No temas. El nos buscará.

BRABAD. Capaz es de hacer que nos demos al diablo ese bribonzuelo.

GUISCA. Cuerno! Ese bribonzuelo, como tú dices, se ha hecho ya nuestro capitan y se llama Ben-leil.

BRABAD. Ah! Me parecia... *(Mirando al fondo.)*

FINGAR. No es él. Reconoceria sus pisadas entre mil; por otra parte creedme, Brabadura, Ben-leil se os escapará,

BRABAD. Escapárseme! Un diablo; y cómo me pagaria el haberle educado y alimentado?

FINGAR. Tú?

BRABAD. Yo! Os acordais de la noche en que fué asesinado el duque de Scylla?

GUISCA. Sí,

BRABAD. Y el conde de Orbani tambien.

GUISCA. Sí, hará de esto unos diez y nueve años.

BRABAD. Pues bien, aquella noche me buscó el conde de Orbani y me dijo: «oye, bandido, quieres ganarte cien escudos de oro?»—Sí, le respondí yo, llevando la mano á mi puñal.—«Hay que robar un niño, añadió.«—Soy vuestro hombre, le dige,—«pues marchemos;» y nos dirigimos paso tras paso al monte Pausilipo; me señaló una cabaña cuya ventana estaba entreabierta; yo me colé muy bonitamente dentro, y robé al chicuelo.

FINGAR. Ah! Y ese niño era...

BRABAD. Poquito á poco; yo me largué con el chico á la montaña, despues á los bosques; pero viendo que era una carga pesada, pensé abandonarla á la mitad del camino; pero mi conciencia me decia; «qué te ha hecho ese pobre niño para abandonarle ó hacer de él un bandido? Mas vale librarle de una vez de pasar penas:» así es que cogí al chiquillo por los piés, é iba á estrellarle la cabeza contra una roca, cuando sus brazos se rodearon á mi cuello y sus lábios se unieron á los mios.

FINGAR. Te pedia perdon; pobre niño!

BRABAD. Yo no sé lo que me pasó, pero sentí una cosa estraordinaria: yo tenia en mi corazon una fibra que no conocia, y sobre la cual puso su dedo el bribonzuelo; yo le miré, se sonrió, «bueno, bueno, esclamé, tú quieres vivir?... pues vivirás!...» la noche avanzaba, le envolví cuidadosamente en mi capa, y me marché con él.

FINGAR. Y despues?

BRABAD. Despues, el chiquillo siguió mi vida de pirata y de bandido; conmigo ha desafiado las tempestades del mar y las batallas de la tierra, le he enseñado el saqueo y el pillage, y creo que le basta.

FINGAR. Y ese niño es...

BRABAD. Ese niño es Ben-leil, el hijo de la noche, nuestro bravo capitan á quien andamos buscando

por esta villa de Nápoles, que maldito lo que tiene de segura para unos piratas como nosotros.

FINGAR. Sí, el hermoso, el valiente Ben-leil, el primero en el combate y el último en el robo.

GUISCA. Es verdad, tiene ese vicio.

FINGAR. Lo que él ama en el combate es la batalla, se bate por batirse.

BRABAD. Sí, por amor al arte.

FINGAR. Os repito, Brabadura, que se os escapará; tiene brazo de soldado y alma de poeta. (Ah! por qué amaré yo á ese hombre?...)

ESCENA II.

DICHOS—DONATO.—*Hombres del pueblo.*

UNO. Corramos, corramos; van á colgar al pirata Ben-leil.

GUISCA. Qué es lo que dice ese hombre?

DONATO. Sí, sí; colgad á ese bandido en efigie, que yo os le entregaré vivo para que le colgueis del mas alto roble de la Sicilia.

FINGAR. No oís? (*En voz baja á Guisca y Brabadura.*)

GUISCA. (Son unos bribones!)

BRABAD. (Unos miserables.)

DONATO. Mañana me doy á la vela con mi corbeta, le perseguiré de mar en mar, y vive Dios que si se me escapa iré á buscarle á la mas recóndita de sus cavernas.

BRABAD. (Pues no tiene pretensiones este mocito!)

VARIOS. Sí, sí, á colgarle, á colgarle. (*Vánse las gentes del pueblo.*)

BRABAD. Creo que asi ha de suceder tarde ó temprano! Y nuestro capitan que no parece: quizás le encontremos en el puerto. Vamos. (*Vánse foro izquierda.*)

FINGAR. Sí, vamos.

ESCENA III.

DONATO.—JULIA.—MARÍA.—BEPPO, *que salen por la derecha.*

JULIA. Qué gritos son esos, Donato?

DONATO. Son esas buenas gentes que van á colgar en efigie al pirata Ben-leil, madre mia. Despues de su último crímen, están exasperados contra ese bandido...

JULIA. Ah! sí, un crimen horrible; Berta era la hermana de leche de tu prometida, y comprendo tu indignacion.

DONATO. Pronto pondré fin á esas rapiñas; Monseñor el Virey, se ha dignado confiarme una de las galeras del estado, y mañana me hago á la mar.

JULIA. Tu pais te lo agradecerá, Donato.

MARIA. Vas á partir mañana? Vas á arriesgar tu vida?

DONATO. Y á ti qué te importa?

MARIA. Oh! no vayas, no vayas por Dios!

DONATO. Vaya unos temores ridiculos; veis, madre, pues no está llorando?

JULIA. Cumple con el deber que tu patria te impone, Donato! (*A María.*) Myrta nos ha precedido á la iglesia, ve á buscarla y condúcela á casa de su nodriza. (*Señalando la casa de la derecha.*) (*A Donato.*) Unicamente Myrta podrá consolarla de la muerte de su hija.

DONATO. (Siempre han de hablarme de esa muerte!)

JULIA. No vienes, Donato?

DONATO. Dispensadme, madre mia; tengo que dar algunas órdenes, voy al momento. (*Julia se aleja seguida de María, Donato se va por el foro.*)

ESCENA IV.

FIAMETTA.—*Gente del pueblo.*

FIAMET. *(Señalando á Donato.)* Mirad, ese es el último de los Scyllas. Oh! y va á hacer un gran matrimonio! se casa con la heredera de los Fieramontes.

UNO. Con la pupila del marqués de Montefiore?

FIAMET. Si; la condesa Julia la quiere como si fuera su hija.

UNO. Ah! si, la condesa Julia; la querida de aquel famoso duque de Scylla, muerto...

FIAMET. En el monte Pausilipo.

UNO. El mismo.

FIAMET. Aun lleva la condesa sus vestidos de luto. Muchos condes y duques han pretendido su mano, pero ninguno ha logrado ver una flor en sus cabellos, ni una cinta de color en sus vestidos; pero mirad, ahora entra en la capilla; querrá sin duda asistir á los funerales de Berta.

ESCENA V.

Los mismos.—BEN-LEIL, *rodeado de gentes del pueblo que le siguen en tropel gritando.*

UNO. Fuera de la villa el levantino, fuera! *(Todos gritan.)*

BEN-L. Pues entendeis bien la hospitalidad.

UNO. Nuestras costumbres valen tanto como las de tu pais, y si no te gustan puedes irte con la música á otra parte.

BEN-L. Sí, buena gente, sí; podeis estar orgullosos con vuestras ciudades, con vuestras mujeres, que mienten amor y caricias, y vuestros hombres que solo tratan de engañar al que les tiende uua mano generosa. Sí, sí, alegraos. *(Gritos.)* Pero vive Dios, no griteis de ese mo-

do: el aire está fresco, vais á acatarraros, y no podreis hablar.

UNO. Callaremos, si queremos.

BEN-L. Si quereis? Yo compro vuestro silencio. *(Arroja un puñado de dinero que todos se apresuran á recoger.)*

UNO. Viva el levantino, viva el estrangero!

BEN-L. Ya os he pagado para que calleis; ahora marchaos viento en popa. (*Váuse todos.*) Si es lo mejor; ya somos los mejores amigos del mundo.

ESCENA VI.

Dichos.—BRABADURA.—FINGAR.--GUISCA *por la izquierda.*

BRABAD. Gracias á Dios que os encuentro.

FINGAR. Temia no volver á verte.

BEN-L. Fingar, estás encantadora con ese traje. Hola, conque me habeis seguido, bribones?

BRABAD. Pero en qué diablos pensais, capitan, para venir á arrojaros de esa manera á la boca del lobo?

BEN-L. He querido ver una gran ciudad, me he entrado por la primera calle, y héme aqui.

BRABAD. Y se conoce que os alegrábais de habernos abandonado?

BEN-L. Abandonaros á vosotros, á vosotros que me habeis recogido en una noche de tempestad! todos mis recuerdos estan entre el palo mayor y el palo de mesana de nuestra corbeta: viejos leones de la mar, veniais á acostaros por la tarde á mis piés, y me adormeciais con el relato de vuestras batallas; pronto habeis hecho de mí un hombre. A los seis años subia á la jarcia de la corbeta, á los diez cargaba vuestros cañones; á los quince ya me batia y era el primero en el fuego y en el abordaje; á los veinte ya era vuestro gefe; mecido por el mar, combatido por el viento, fiero y orgulloso, cruzándose el fulgor de mis ojos con el fulgor del cielo.

FINGAR. Tanto amas el peligro?

BEN-L. Es mi única pasion: despues del mar la selva. Oh! y cuando bajábamos alegres á nuestra isla salvage! esa es nuestra vida: los bosques impenetrables, la mar inmensa, las rocas desiertas, el sol hermoso, ¿y habreis creido qne me tentarian las miserias que pululan aqui? Mirad al rededor; mezquinas casas en las que falta el aire, calles estrechas y fangosas.—Oh! ¡Si yo fuese el señor de todo esto! Solo el señor puede respirar aqui;—¡pobres ciudades, que se agiten y hierben para hacer menos ruido que una ola del occéano! ¡pobres ciudades, que alzan columnas de oro y de mármol para que una ráfaga de viento las convierta en ceniza!... ¡pobres ciudades, cantad en vuestra eterna niebla; danzad en vuestra miseria, morid en vuestras agitaciones estériles y en vuestra nada. ¡Solo la mar es grande!... ese es mi imperio; mi hermosa corbeta desafiando los vientos! alli soy el Rey.

FINGAR. Poco eres, puesto que no amas.

BRABAD. El amor es una tonteria que cuentan las viejas para hacer creer que han sido amadas cuando jóvenes.

BEN-L. Yo no amo á nadie.

FINGAR. Y sin embargo, el amor hace de cada casa un palacio, y de esas calles fangosas un paraiso; tú no amas, no eres nada. *(En este momento aparece Myrta seguida de Maria. Ben-leil se queda mirándola.)*

BEN-L. Ah! Qué niña tan hermosa!

FINGAR. (Cómo la mira.)

MARIA. *(Mirando fijamente á Ben-leil.)* (Esa semejanza es particular.) *(Entran María y Myrta en la casa.)*

ESCENA VII.

FINGAR.—BRABADURA.—GUISCA.—BEN-LEIL.

BEN-L. Amar! *(Se queda pensativo.)*

BRABAD. Pues no se ha quedado absorto con esta idea!

BEN-L. *(Saliendo de su distraccion.)* Qué deciais?

BRABAD. Os acusan de haber asesinado á una rica arrendataria llamada Berta, despues de haber hecho lo mismo con su esposo.

BEN-L. Yo colgaré del tope de mi corbeta al miserable que se haya valido de mi nombre para cometer esa infamia.

BRABAD. Os prevengo que el populacho furioso no se contentará con colgaros en efigie.

BEN-L. Colgado yo en efigie?

BRABAD. Podeis convenceros desde aquí: mirad. *(Gritos fuera.)*

BEN-L. Ah! Soy yo aquel? Y por qué se me impone ese castigo?

BRABAD. Toma! porque os llamais Ben-leil.

BEN-L. Bien. Y qué?

BRABAD. Es un nombre que yo he inventado, y que significa hijo de la noche.

BEN-L. Pero y bien: yo qué les he hecho?

BRABAD. La educacion particular que habeis recibido no os permitirá quizás comprenderme; pero básteos saber que sois un jefe de piratas, es decir, un hombre fuera de la ley y á quien todo el mundo se cree con derecho de dispararle un pistoletazo y de matarle como á un perro.

BEN-L. Antes les despreciaba; ahora les odio. Cuántos estais en Nápoles?

BRABAD. Veinte.

BEN-L. Estad dispuestos á responder á mi primera señal. El levantino quiere abandonar esta ciudad como amigo; pero si se apela á la fuerza contra Ben-leil, entonces dejará solo ruinas y sangre en su camino.

GUISCA. Reflexionad, capitan, que aquí no estamos en nuestra casa.

BEN-L. Donde yo estoy es mi casa. Conducid á Fingar á bordo.

FINGAR. Oh! no, Ben-leil, no; valdria mas...

BEN-L. Huir, no es esto? Ben-leil no huye nunca; desaparece como la pólvora despues de haber herido.

FINGAR. Pero...

BEN-L. Vé. Fingar, no temas. Idos vosotros tambien.

BRABAD. (*Bajo.*) Desconfiad, capitan. Las calles están llenas de espias. *(Vanse por el foro izquierda.)*

ESCENA VIII.

BEN-LEÍL.—*Hombres del pueblo que salen por la derecha.—Despues* DONATO.

UNOS. Esperaos, vamos á buscar una buena cuerda y á arrastrarle de un lado á otro de la ciudad.

DONATO. *(Apareciendo por la izquierda.)* (No he podido permanecer mas tiempo en esa iglesia delante de ese ataud.)

BEN-L. Hola, buenas gentes: con que habeis visto el retrato de ese famoso pirata? Y qué tal?... se le parece?

UNO. Como dos gotas de agua.

BEN-L. Me han dicho que se parecia á mí.

TODOS. Cá!

BEN-L. No, no, miradme bien, tal vez noteis alguna semejanza.

DONATO. Caballero, pretendeis burlaros de esta buena gente?

BEN-L. Y qué os importa?

DONATO. Soy uno de los oficiales del Virey, y ejecutan mis órdenes.

BEN-L. Ah! Con que perteneceis al virey que pertenece al rey de España? Pues bien, Dios os libre de encontrar á Ben-leil vivo, despues de haber mandado colgarle en efigie.

DONATO. Qué quereis decir?

ESCENA IX.

Dichos.—MARIA.—*A poco* JULIA Y BEPPO.

MARIA. (Quién podrá ser ese hombre?)

UNO: El entierro de la pobre Berta pasa por la calle vecina. *(Se oyen cantos funerales. Todos se arrodillan menos Donato.)*

DONATO. (Estaba de Dios que habia de presenciar este espectáculo!) *(Aparecen Julia y Beppo.)*

UNO. Descubrios, Monseñor. *(A Donato.)*

DONATO. Yo!... Por qué? Pero si yo no la conocia...

JULIA. Descubrios, caballero, la que pasa os conoce; es la muerte. *(Donato se descubre.)*

BEN-L. Qué hermosa señora. *(Mirando á Julia.)* *(Todos se levantan y se van marchando poco á poco por la izquierda.)*

JULIA. Venid, esa pobre madre necesita de vuestros consuelos.

DONATO. Yo! entrar en esa casa?

JULIA. Por qué no?

DONATO. Por qué?... Ya os sigo, madre mia.

BEN-L. (Su madre!)

JULIA. Qué palido está. *(Entran en la casa Julia, Donato y Beppo.)*

ESCENA X.

BEN-LEIL.—MARIA.

BEN-L. Ese hombre debe ser muy dichoso... tiene una madre!!

MARIA. Ha muerto acaso la vuestra, jóven? Dispensadme, pero el grito doloroso de vuestra alma que yo sola he oido, hace que me interese por vos á pesar mio. Ha muerto vuestra madre?

BEN-L. Murió al darme á luz, segun me han dicho. Llevo conmigo dos dolores; el de haberla perdido y el de no haberla podido abrazar.

MARIA. (La fisonomia de Scylla! Su voz!...) Y vuestro padre vive?

BEN-L. Mi padre! (Por qué me hará esta pregunta?)

MARIA. Sereis acaso huérfano?

BEN-L. (Ah! es una espia!) No señora, mi padre vive.

MARIA. Ah!

BEN-L. He venido á visitar la Italia; mi padre manda doce tribus bajo el sol de Oriente, y yo soy su quinto hijo.

MARIA. (Respiro. No es él.)

BEN-L. (No tendrá que quejarse Brabadura.) Me estais examinando como si me hubiérais ya visto otra vez.

MARIA. No... es decir, si.

BEN-L. Sí? Y cómo?

MARIA. Sois la viva imágen de una persona que he conocido.

BEN-L. Quizás alguno de vuestros amigos?

MARIA. No. El duque de Scylla!

BEN-L. Era un héroe!

MARIA. Os han hablado de él?

BEN-L. Muchas veces.

MARIA. Y quién!

BEN-L. La fama. Su hijo debe estar orgulloso de llevar su nombre.

MARIA. Tiene derecho para estarlo.

BEN-L. Y es digno de él?

MARIA. Habeis podido juzgarle: hace poco estaba aquí.

BEN-L. Es ese hombre que se mantenia cubierto ante la muerte?

MARIA. Y qué os importa?

BEN-L. Es preciso saber doblar la rodilla ante los que no existen.

MARIA. Sois acaso su enemigo?

BEN-L. Le conozco bastante para compadecerle, pero no lo suficiente para odiarle.

MARIA. Oh! sí, le odiais; vuestra sangre os habla contra él.

BEN-L. No entiendo lo que me decís, señora!

MARIA. Pero en fin, quién sois?

BEN-L. Y vos?

MARIA. Yo soy la nodriza de Donato, del hombre que acabais cobardemente de insultar.

BEN-L. Lo siento mucho.
MARIA. Qué os ha hecho Donato?
BEN-L. Nada.
MARIA. Le conoceis?
BEN-L. No.
MARIA. Quereis conocerle?
BEN-L. Gracias.
MARIA. (Oh! le odia, le odia; si corriera la sangre de Scylla por sus venas... Oh! vé con cuidado, jóven, vé con cuidado.)

ESCENA XI.

Dichos.—BRABADURA, *precipitadamente.*

BRABAD. (*En voz baja á Ben-leil.*) Capitan, Guisca y tres de los nuestros han hecho de las suyas y han tirado de los cuchillos.
BEN-L. (*A Brabadura.*) Quédate. (*A María.*) Volveré. (*Bajo á Brabadura.*) Observa á esa mujer. (*Váse.*)
MARIA. (Hasta el modo de andar de los Scyllas. Yo he cometido un crímen por amor á mi hijo, y no retrocederé hasta el fin.)

ESCENA XII.

MARÍA.—BRABADURA.

BRABAD. (Si irá esta mujer á caza de aventuras?)
MARIA. Perdon, señor caballero.
BRABAD. De qué se trata, bella dama?
MARIA. Sois estranjero?
BRABAD. Sí, hermosa, y podeis confiaros á mí.
MARIA. Habeis venido por mucho tiempo á Nápoles?
BRABAD. Me quedaré por el tiempo que querais.
MARIA. Y me obedecereis?
BRABAD. En todo.
MARIA. Es necesario... por intereses graves, que un hombre desaparezca esta noche de la ciudad.
BRABAD. Por intereses graves! (Diablo! si es María!

Vaya un encuentro! Bah! yo iba enmascarado aquella noche...)

MARIA. Quereis, pues, encargaros...

BRABAD. (Siempre es dinero que ganar.)

MARIA. Qué, dudais?

BRABAD. No, desaparecerá.

MARIA. Es preciso que desaparezca de Nápoles.

BRABAD. Es fácil : tengo veinte hombres de confianza y una barca dispuesta á pocas millas de aquí.

MARIA. De la Italia.

BRABAD. Y de todas sus dependencias. Descuidad.

MARIA. Dentro de diez minutos me esperareis en esa calle cercana.

BRABAD. Convenidos.

MARIA. Cincuenta ducados; veinticinco en el acto, y el resto despues de que hagais lo que os he dicho.

BRABAD. Ya! pero yo no podré volver por ellos.

MARIA. Yo iré á llevároslos.

BRABAD. Los veinticinco ducados?

MARIA. Aquí están.

BRABAD. (No me pesa de haberla hecho mi cómplice. Si alguna vez me pide cuentas del chiquillo, le diré que ya estamos pagados.) (*Váse.*)

MARIA. Ahora puedes venir si quieres, levantino, que no es á Donato á quien encontrarás.

ESCENA XIII.

MARÍA.—MYRTA.

MYRTA. Ah! sois vos, Maria?

MARIA. Qué sucede? Por qué venis pálida, descompuesta?

MYRTA. Nada, no ha sucedido nada: la condesa Julia pide una litera para llevar á mi nodriza á palacio.

MARIA. Pero cómo es que estais tan turbada?

MYRTA. Ah! si, tú no sabes, María, esa pobre mujer, la madre de Berta que yacia desmayada, ha abierto repentinamente los ojos, y al ver á Donato...

MARIA. Concluid.

MYRTA. Aun estoy temblando. Al ver á Donato, se levantó lívida, amenazadora, el nombre de Berta se ha escapado de sus lábios, y señalaba á Donato que se quedó como herido de un rayo.

MARIA. Y la condesa?

MYRTA. La condesa se puso pálida como un espectro.

MARIA. Locuras! el dolor ha robado la razon á esa pobre mujer. Voy á buscar la litera. Creedme, Myrta, esa mujer está loca. (Sospecharán de mi hijo?) *(Váse.)*

ESCENA XIV.

MYRTA.—*Despues* BEN-LEIL.—*A poco* DONATO *y un escudero.*

MYRTA. Tiene razon, y sin embargo no quisiera ser la prometida de Donato. El anillo *(Mirando la sortija.)* de mi madre, sagrada reliquia de la santa que ya no existe; ¿serán un presagio de dolor los tristes resplandores que arroja esta piedra? Madre mia! Madre mia! *(Aparece Ben-leil.)*

BEN-L. (Es ella! Hermosa como un sueño de hadas.) *(Con altivez.)* Señora!

MYRTA. Creo que me hablais?

BEN-L. El mas humilde de los peregrinos puede admirar á Dios en su mas perfecta criatura, puede decir á la flor eres hermosa, á la estrella tú me deslumbras, sin que ni la estrella ni la flor pierdan su brillo ni su hermosura.

MYRTA. Sois estranjero, é ignorais nuestras costumbres; os dispenso *(Quiere marcharse).*

BEN-L. Creed que guardaré una memoria eterna de este fugitivo encuentro: tomad esta perla, ha sido arrancada de la corona de un emperador, y bien podeis adornar vuestra frente con ella. Tomadla, tomadla. *(Sale Donato seguido del escudero.)*

MYRTA. Yo!

DONATO. Este caballero ignora sin duda que sois mi prometida, y la heredera de los Fieramontes, y que no se ofrecen perlas á una jóven noble y

cristiana, como si fuera una sultana de un haren, ó una esclava comprada en el mercado. Entrad, Myrta. (*La conduce á la casa.*) Habeis sido un insolente: escoged.

BEN-L. Escojo esta espada. *(Toma la del escudero.)*

DONATO. Corriente.

BEN-L. Qué diria mi hacha de abordaje si me viese con este juguete en las manos.

DONATO. Vamos, despachemos.

BEN-L. Soy vuestro; pero ante todo tengo que daros las gracias; desde que estoy en Nápoles, me parece que el mundo anda cambiado; voy á probar ahora si el corazon está aquí en el mismo sitio que en otras partes.

DONATO. Concluyamos. *(Se baten.)*

BEN-L. Concluyamos. (*Aparece María en el fondo.)*

DONATO. Ah! (*Cae.*)

MARIA. Donato! socorro, al asesino.

ESCENA XV.

Los mismos.—JULIA.—*Pueblo.*—BRABADURA.— GUISCA.

MARIA. Ah! Señora, está herido!

JULIA. Dios mio!

MARIA. Venid aquí. (*A Brabadura que sale con los piratas.)* Aquel es el hombre de que os he hablado; yo quiero que muera, matadle, matadle.

BRABAD. Ese no es el trato; yo he prometido llevármele y me le llevo.

UNO. Que muera, acaba de matar á Donato de Scylla, que muera!

TODOS. Sí, sí!

BRABAD. Hijos mios, cuchillo en mano y adelante.

BEN-L. Al abordage, hijos de la noche! *(Lucha general. Los piratas se abren paso. Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA CINTA.

El castillo de Scylla. —Puertas laterales: la de la derecha dá á la habitacion de Myrta; la de la izquierda á la de Julia: al fondo tres puertas que dan á una terraza desde la que se divisa el mar.

ESCENA PRIMERA.

JULIA.—MARIA.—*Julia trabajando en una corona de flores. Maria entra por el foro.*

MARIA. Con qué ardor trabaja la señora condesa en esas flores; serán sin duda para festejar el próximo matrimonio de Donato?

JULIA. (*Sin levantar la cabeza.*) Son para adornar la tumba de Scylla.

MARIA. (*Mirando al mar.*) Este viento que sopla sobre la costa me inquieta. Beppo! (*Sale Beppo.*) Súbete á la torre y ven á decirnos si divisas la corbeta del señor Donato. (*Váse Beppo.*)

JULIA. El tiempo no está de tempestad. Donato, por otra parte, no está en el mar mas que desde esta mañana; así es que no puede estar lejos.

MARIA. Y su herida?

JULIA. Es muy leve.

MARIA. Bien podian haber mandado á otro á dar caza á ese pirata.

JULIA. Donato es dichoso por haber encontrado en ti

:

una segunda madre apasionada. Tú me has hecho ruborizar muchas veces al ver que yo, su madre, estaba tranquila, indiferente, mientras tú llorabas y estabas temblando.

MARIA. El dolor se traduce tanto por el silencio como por los gritos. Mi falta consiste en no saber ocultar los sentimientos de mi corazon.

JULIA. Sin pensar en ello, tú misma haces tu elogio. (*Pausa.*) Por qué no me hablas nunca de tu hijo?

MARIA. Lo he perdido muy jóven.

JULIA. Y nunca vas á rezar sobre su tumba?

MARIA. Nosotros no necesitamos tumba! Un poco de tierra, la yerva que nace, el viento que pasa... es suficiente.

JULIA. Yo no te hubiera rehusado una cruz, una piedra...

MARIA. Ya era demasiado tarde cuando os conocí, señora.

JULIA. Me has ocultado siempre el nombre de tu padre...

MARIA. He jurado no pronunciarlo jamás.

JULIA. Ah! eso es diferente. (*Se pone á trabajar.*)

MARIA. (Sospechará acaso?..)

BEPPO. (*Saliendo á María.*) Nada se divisa. (*A Julia.*) El pintor pregunta á la señora condesa si ha de unir al escudo del señor duque, las armas de Fieramonte.

JULIA. Puede hacerlo. (*Váse Beppo.*)

MARIA. (*Con alegría,*) Donato, duque de Scylla y príncipe de Fieramonte!

JULIA. Sí, puesto que consiente en unir el nombre de su padre al de un estranjero. (*Suspira.*)

MARIA. Ese estranjero, señora, es el padre de Myrta su prometida... El príncipe moribundo, ya lo sabeis, ha puesto por condicion primera que el esposo de su hija llevase su nombre.

JULIA. Y Donato se ha sometido sin pesar! El amor y la ambicion le dominan completamente.

MARIA. (Ah! esta mujer no le ama!) (*Aparece Myrta del brazo del marqués de Montefiore. Fiametta les sigue. Julia les sale al encuentro.*)

ESCENA II.

Dichos.—MONTEFIORE.—MYRTA.—FIAMETTA.

MYRTA. El señor marqués me ha encontrado en la gruta, y hemos paseado juntos lo menos dos horas.

MONTEF. Myrta corria como si tuviera doce años, y á lo mejor se paraba pensativa y ensimismada como si tuviera sesenta.

JULIA. *(A Myrta.)* Los dominios que acabais de visitar son vuestros, querida niña: yo no me reservo mas que esta parte del castillo, el bosque de los álamos y la capilla donde reposa el duque de Scylla...

MYRTA. Señora!

JULIA. Sois mis huéspedes, y puedo hablar sin temor. Celebraremos el aniversario de la muerte del duque dentro de tres dias... yo me estaré durante este tiempo retirada en mi habitacion... si me lo permitis. *(Movimiento de aprobacion del marqués.)* Gracias.

BEPPO. *(Saliendo.)* Los notarios de ambas familias esperan á la señora condesa y al señor duque.

MARIA. (Al fin!..)

MYRTA. Señora, una cláusula es la mas dificil de llenar en un matrimonio; es la cosa mas rara y mas deseada en el mundo... la felicidad. *(Julia sale del brazo de Montefiore.)*

ESCENA III.

MARÍA.—MYRTA.

MARIA. La felicidad! Señora, estais triste? Veis acaso lágrimas al través de esa union?

MYRTA. No he dicho nada de eso, María. Mi padre al morir me prometió á Donato: muchas jóvenes se casarian con menos razon.

MARIA. (Tampoco esta mujer le ama!... pero no impor-

ta; Donato no dejará por eso de ser príncipe de Fieramonte.)

MYRTA. *(Friamente.)* Cuando el señor marqués me ha encontrado en la gruta, estaba leyendo en un libro, y me lo he dejado allí: vé á buscarlo, Fiametta.

FIAMET. *(Temblando.)* En la gruta! (*Asustada.*) La que está al fin de la alameda de los tilos?

MYRTA. Qué! tienes miedo?

FIAMET. Como aquí no se oye hablar mas que de esos malditos piratas que se presentan sin saber cómo, que degüellan, que roban y destruyen cuanto encuentran; nada de esto creo que es divertido: y luego como este castillo está edificado sobre el promontorio, puede ser atacado fácilmente por el mar... no ceso de pensar en eso todo el dia. Qué seria de nosotras?

MARIA. Fiametta delira... yo voy á buscar el libro. (*Váse.*)

ESCENA IV.

MYRTA.—FIAMETTA.

MYRTA. (*Sonriendo.*) Los piratas!... Los aldeanos de estas carcanias sentirian no tener que contar alguna aventura de ellos.

FIAMET. (*En voz baja.*) Tambien hablan de otra cosa.

MYRTA. De qué?

FIAMET. Oh! Antes se dejarian cortar la lengua que decir nada.

MYRTA. Pero qué es?

FIAMET. Dicen que á media noche la sombra del duque de Scylla se pasea por las galerias del castillo.

MYRTA. A media noche!

FIAMET. Y segun dicen, sale de la capilla con la antigua armadura de los Scyllas... anda sin que se sienta el ruido de sus pasos, mira sin que se distingan sus ojos, lleva la visera del casco alzada, cuando la noche es oscura, y calada cuando brilla la luna.... No es verdad, señora, que están locos los aldeanos?

MYRTA. Y tú tambien lo estás, Fiametta: vés! ya tiemblas solo de contarlo.

FIAMET. Que yo tiemblo? No... no, si esto es una costumbre mia.

ESCENA V.

Dichos. — MARIA.

MARIA. Aquí teneis vuestro libro, señora.

MYRTA. Gracias, mi buena Maria.

MARIA. (Han deslizado una carta entre las hojas del libro.)

MYRTA. Decias algo?

MARIA. Nada, señora!... (Quién puede haberla escrito?) (*Váse Maria.*)

ESCENA VI.

MYRTA.—FIAMETTA.

MYRTA. Parece que está distraida María, no es verdad?

FIAMET. Si señora, casi siempre está así... Ah! Un papel que cae de vuestro libro.

MYRTA. Un papel!... de seguro que debe contener tres palabras.

FIAMET. Tres palabras! Lo habeis leido quizás?

MYRTA. No.

FIAMET. (*Despues de haber mirado alrededor.*) Estamos solas, podeis hablar.

MYRTA. Fiametta, en torno de nosotros pasan cosas estrañas.

FIAMET. Este es el pais de las aventuras.

MYRTA. Un hombre, un incógnito me sigue por todas partes.

FIAMET. Jóven?

MYRTA. Sí.

FIAMET. Guapo?

MYRTA. Sí.

FIAMET. Rico?

MYRTA. No sé.

FIAMET. Entonces será pobre.

MYRTA. Por qué?

FIAMET. Siendo rico seria la primera cosa que os hubiera dicho: apuesto en cambio á que os ha dicho que os amaba.

MYRTA. Se ha atrevido.

FIAMET. Ya lo creo; el amor es el lujo de los pobres: ese amante incógnito lo es, no tengo duda.

MYRTA. No puedo dar un paso sin encontrarme con él: ayer íbamos á Léprano....

FIAMET. Sí, ayer tarde.

MYRTA. El calor era estremado... hice detener el carruage y pedi un vaso de agua á un aguador que nos seguia. Despues de haber bebido le devolví el vaso y me dijo: «gracias por haber bebido de mi agua: yo os amo.»

FIAMET. Ah!

MYRTA. Esta mañana volviamos de San Vito por el golfo; cuando llegamos á la playa, el remero de la barca saltó á tierra; me ofreció su mano, yo la acepté, «gracias por haber aceptado mi mano:—me dijo,—yo os amo.»

FIAMET. Pero veis qué cosas?

MYRTA. Hace poco un pobre cantaba en el patio una barcarola; yo le arrojé un ducado.—«Gracias por vuestra limosna, me contestó; yo os amo.»

FIAMET. Y el pobre?...

MYRTA. El pobre no era otro que el aguador y mi remero del golfo.

FIAMET. Ved aquí un hombre que yo desearia conocer.

MYRTA. Le he prohibido que me vuelva á decir que me ama y sin duda me escribirá.

FIAMET. Pues no se puede ser mas obediente. *(Lee.)* Yo os amo.

MYRTA. No te lo dige?

FIAMET. Qué aventura mas singular!

MYRTA. *(Pensativa.)* Sí, en efecto.

FIAMET. Poco se parece al señor Donato, que no os persigue de ese modo con sus sueños de amor; mas le gusta correr tras de los piratas, á los que de seguro nunca podrá coger.

MYRTA. Qué hora es?

FIAMET. Sabeis, señora, que vuestro incógnito debe ser amado por todas las mujeres?

MYRTA. Menos por mí.

FIAMET. Cómo! Ni un poco?

MYRTA. Ni poco, ni mucho.

FIAMET. Sois una muger como hay pocas.

MYRTA. Eres una loca. *(Myrta se dirige á la puerta izquierda y entra.)*

FIAMET. Ah! señor primo: quereis mejor correr tras de los piratas? Ya es tiempo de que volvais, creedme. *(Sale Beppo.)*

ESCENA VII.

Dichas.—BEPPO.

BEPPO. *(En voz baja á Fiametta.)* Fiametta, Fiametta, ahí fuera hay un mercader.

FIAMET. Un mercader!

BEPPO. Chist... silencio.

FIAMET. Y qué quiere?

BEPPO. Toma, ofrecer sus telas á la princesa: le dejo entrar?

FIAMET. Voy á decírselo á Su Alteza.

ESCENA VIII.

Dichos.—BEN-LEIL *en traje de comerciante armenio.*—*Luego* MYRTA.

BEN-L. *(Echa una cadena de oro al cuello de Fiametta.)* Es inútil bella Fiametta, es inútil; ya tengo tu permiso.

FIAMET. Qué es esto Dios mio! Qué cadena tan preciosa!

MYRTA. *(Apareciendo.)* Qué es eso?

FIAMET. *(A Ben-leil.)* Mirad. Pues si á todos vuestros intermediarios haceis regalos semejantes, pocas serán vuestras ganancias.

BEN-L. Yo no soy un mercader cualquiera, Fiametta.

MYRTA. *(Reconociendo á Ben-leil.)* Ah!

FIAMET. *(A Myrta.)* Qué?

MYRTA. (Es él... Fiametta! Es él! *(Vá á retirarse Myrta: Ben-leil dá un silbido y arrojan un fardo por encima de la balaustrada del terrazo.)*

FIAMET. Calla! un fardo!

BEN-L. (*A Myrta.*) Señora; vos que sois rica, bella y dichosa, ¿no querreis comprarle nada á un pobre mercader?

FIAMET. Estais divinamente servido.

BEN-L. (*Desliando el fardo.*) El cielo tiene sus ángeles y vos sois uno de ellos, señora: el mar tiene sus génios, y yo soy uno de sus asociados.

FIAMET. Qué bellas telas!

BEN-L. (*Desplegando una pieza.*) Ved aqui, señora, qué colores! Qué pájaros! Qué rosas que solo esperan vuestra mirada para animarse!

FIAM. (Las aceptará?)

MYRTA. Sois mercader, no es cierto?

BEN-L. Las mas diestras bordadoras de Nan-klu y de Canton han fabricado este tisú. Es un trabajo de Hadas.

MYRTA. Semejante obra no tiene precio.

BEN-L. Tapices, señora, tapices donde posar vuestros piés de niño. Aquí teneis reunidas las bellezas de Smirna con las maravillas de Canton.

MYRTA. Valen un potosi semejantes telas.

FIAM. Qué bonitos!... Señora!

BEN-L. Aquí teneis encajes venecianos. Asi como las mas hermosas flores se marchitan, las mas bellas ciudades desaparecen. Dentro de un siglo, quizás Venecia esté sepultada bajo sus lagunas. No debe rehusarse la herencia de la mas poética de las ciudades.

MYRTA. Todas estas galas convendrán mas á una reina que á mi. Una reina tan solo seria bastante rica para pagarlas.

BEN-L. Por qué?

MYRTA. El precio de estas maravillas?...

BEN-L. Su precio!... Oid. Un dia ibais muy pensativa paseando por la orilla del mar: la reina del Mediterráneo os vió, y dijo: daria la mas bella perla de mi reino por la cinta que adorna sus cabellos: y os señalaba, señora. Las palabras de una reina nunca se olvidan, yo las escu-

ché. Dadme esa cinta, y como he de recibir en cambio la perla mas bella de entrambos mares, hareis la fortuna de un hombre que os ama.

MYRTA. Mas bien que mercader, pareceis poeta... caballero.

BEN-L. Ya sabeis el precio, señora.

MYRTA. Eso es muy poco, ó es demasiado.

BEN-L. Rehusareis acaso?

MYRTA. Sí, rehuso!

FIAM. Cómo!

MYRTA. Calla!

BEN-L. Conque no aceptais?

MYRTA. No.

BEN-L. Estas telas (*Liando el fardo.*) han sido dignas de que fijeis en ellas vuestras miradas; de hoy mas, no las mirará nadie. (*Las arroja al mar.*)

FIAM. Las tira al mar!

BEN-L. Me habeis prohibido que os dijese «os amo» pero no podeis prohibirme que os ame. Hasta muy pronto.

MYRTA. Hasta nunca.

BEN-L. Hasta siempre. (*Vase Ben-leil.*)

ESCENA IX.

MYRTA—FIAMETA.—*poco despues* MARIA.

MYRTA. Oh! esto es insoportable, Fiametta. Ese hombre me sigue como una sombra.

FIAM. Señal de que os ama de veras.

MYRTA. No debo escucharle.

FIAM. Me parece que ya le he visto en otra parte.

MYRTA. En dónde?

FIAM. En Nápoles, el dia en que hirieron al señor Donato.

MYRTA. Es verdad. (*Se queda pensativa. María aparece en el dintel de la puerta de la izquierda.*)

FIAM. Y es él el que os ha escrito?

MYRTA. Sí.

MARIA. (Amará tal vez á otro hombre?)

FIAM. Pues no tardareis mucho tiempo en volverle á

ver. Por mi parte, casi le prefiero al señor Donato... (*Viendo á María.*) Cielos! Pues... decia... que haceis bien en amar... al señor Donato...

MYRTA. Silencio!

FIAM. (*En voz baja á Myrta.*) Nos espiaba!

MARIA. (Yo averiguaré quién le ha escrito!)

FIAM. (*Mirando al interior.*) La condesa viene.

ESCENA X.

Dichos.—JULIA.—*despues* MONTEFIORE.—DONATO.

JULIA. El marqués y yo, (*A Myrta.*) querida hija, nos hemos anticipado á vuestros deseos, señalando el dia de vuestra union para esta semana: esta se efectuará sin ruido, y los pobres únicamente se apercibirán de que sois la heredera de Fieramonte, y que Donato desciende de Scylla.

MYRTA. Ya sabeis, señora que no tengo mas voluntad que la vuestra. (*Se oyen cantares á lo lejos*)

MARIA. El es... Donato!... (*Corriendo hácia el terrazo.*) Reconozco el canto de sus marineros.

JULIA. Myrta... Por qué veo retratada la tristeza en vuestro rostro?

MYRTA. Señora, el grande cambio que va á efectuarse en mi existencia, me preocupa demasiado; el porvenir me inquieta.

MARIA. Aqui está! aqui está! (*Montefiore entra con Donato.*)

MONTEF. Venid aqui, querido duque, venid aqui; todo el mundo os espera con impaciencia.

MARIA. Donato! hijo mio! (*Queriendo abrazarle.*)

DONATO. Aparta, nodriza, déjame saludar á mi madre, y besar la mano á mi prometida: ya tendrás tiempo para fastidiarme despues. (*Saluda á Julia y besa la mano á Myrta.*)

MONTEF. Habeis conseguido algo? (*A Donato.*)

DONATO. Nada, el tiempo ha frustrado mis planes.

MARIA. Y tu herida?

DONATO. Esta noche he recibido aviso de Pérgami el pescador, uno de mis fieles agentes, de que

esos infames piratas están á la vista de nuestras costas, y se pasean insolentemente por ellas; sin duda meditan alguna empresa atrevida, tal vez quieran atacar algun castillo de la costa. Cuál? lo ignoro. Por lo que ocurra, he prevenido al pasar á Montecorvino que avise á todos los demas, y esos bandidos encontrarán quien les reciba.

MONTEF. *(En voz baja á Donato.)* Y estas señoras no corren peligro?

DONATO. De ningun modo osarán acercarse hasta nosotros... He pedido por si acaso al podestá treinta hombres resueltos, y he dado órden á mi gente para que esté preparada.

BEPPO. *(Entrando.)* Un pliego de la córte.

MONTEF. Es del virey: tomad Donato, este mensaje os concierne.

DONATO. Venga. (*Váse Beppo.*)

JULIA. *(A Donato.)* De qué trata?

MONTEF. Su magestad el rey de España, aprueba la union de vuestro hijo con mi pupila... Y como regalo de boda da á vuestro hijo, si no los títulos, al menos los bienes de su padre.

JULIA. *(Con ironía.)* Yo no sabia que S. M. se hallase tan bien dispuesto en favor de los Scyllas...

DONATO. El virey ha disipado las últimas nubes que nos separaban.

JULIA. Y de qué modo?

DONATO. Me parece que...

MONTEF. Hemos podido probar á S. M. que el duque de Scylla, no se habia opuesto nunca á los derechos de la España, y que no habia tomado las armas mas que contra Federico de Aragon.

JULIA. Yo creia, caballero, que conociais mejor la historia del que fué un instante vuestro gefe! El duque de Scylla era un rebelde, un proscripto que murió proclamando la libertad de su patria, y maldiciendo á los opresores de Nápoles. *(A Donato.)* Os estoy contando los últimos momentos de vuestro padre, caballero! *(Donato se descubre.)*

MONTEF. Señora! (*Retirándose.*)

JULIA. No os retireis... Vais á ser de la familia y po-

deis oir cuanto se diga. (*A Donato.*) Veamos ese despacho.

DONATO. (*Resistiéndose.*) Pero !...

JÚLIA. Quiero verlo. (*Despues de haber leido.*) Dios mio! Perdon, señor marqués. (*A Montefiore.*) Teneis razon, debo estar sola con mi hijo.

MARIA. (Maldicion para ella si llegára á odiarle!) (*Montefiore sale con Myrta y María.*)

ESCENA XI.

JULIA.—DONATO.

JULIA. Por qué me habeis engañado?... Ved aqui la verdad... No ha sido el virey quien ha pedido, no!

DONATO. Señora!

JULIA. Callad, caballero, callad! no ha sido él quien ha demandado gracia; no ha sido él quien ha pedido la fortuna para el hijo, al precio del honor de su padre! Habeis sido vos.

DONATO. Mi padre veia la dicha del pueblo de Nápoles en la libertad... Y yo...

JULIA. Vos!... La veis sin duda en la insolencia y bajo el látigo de sus opresores... Ah! vos que habeis sido engendrado por un gigante, descendeis á la altura de un pigmeo... Habeis logrado acercaros al glorioso mártir de nuestras guerras para arrancarle de la frente su aureola... Miseria y orgullo! Rebajar esa gloria, arrastrar por el cieno ese renombre! Habeis escogido una tumba para que sirva de pedestal á vuestra ambicion! no era nada para vos esa tumba, y habeis tomado sus huesos para hacerlos cómplices de vuestra infamia!... Esa es la última de las impiedades... Y todo por un castillo mas en vuestros dominios!... Hé aqui el hombre impio que deshonra un muerto!... Ved aqui al hijo sacrílego que pone precio á los restos de su padre! Tan poco teneis de la fiereza y del alma de los Scyllas, que me

pregunto cómo puede correr su sangre en vuestras venas !...

DONATO. Señora !...

JULIA. Un relámpago de cólera brilla en vuestros ojos ?... Bien : casi estoy tentada de daros gracias por haberos olvidado un instante hasta de vos mismo, cuando vuestra madre os acusa de semejante infamia. *(Le da los papeles.)* Tomad... Haceos justicia... Destruid ese despacho, Donato. Rechazad ese sacrilegio !... Confunde bajo tus piés esa verguenza que te arrojan al rostro, despues de haber pisoteado la frente de un muerto !... El oro pesa menos que el honor !... No serás tan poderoso!.. No seras tan rico... Pero en cambio serás un hombre honrado... un hijo piadoso... Toma !... Toma... *(Donato toma el pliego y lo dobla lentamente.)*

DONATO. *(Con frialdad.)* Es imposible, señora.

JULIA. Imposible!

DONATO. Es un poco pesada la carga de un nombre proscripto.

JULIA. La persecucion no asusta mas que á los cobardes: no espanta mas que á los débiles!

DONATO. Me haria un enemigo implacable del rey de España.

JULIA. Tu padre tuvo á Fernando V por enemigo!

DONATO. Por eso murió asesinado.

JULIA. Morid como él... os callais? Yo seré entonces la que destruya ese odioso despacho... y la que lo confunda bajo mis piés... Dámelo... yo te lo mando.

DONATO. *(Friamente.)* Vos no sois aqui nada, señora... solo sois mi madre.

JULIA. *(Con solemnidad.)* Yo no soy nada!... *(Se aleja; despues dice volviéndose.)* Nada!... *(Váse Julia.)*

ESCENA XII.

DONATO.—*Despues* MYRTA.—FIAMETTA.

DONATO. Hubiera debido escucharla... No! Ya no es tiempo! El que ha hecho lo que yo, no debe retroceder nunca.

FIAMET. *(Saliendo apresuradamente.)* Beppo! Paolo!... venid todos aqui.

DONATO. Qué sucede?

FIAMET. Una desgracia, señor!

DONATO. Cuál es?

FIAMET. La señorita Myrta estaba paseando por la terraza, cuando en la sombra vió cruzar una barca tripulada por hombres armados.

DONATO. Hombres armados!

FIAMET. Al ver que uno de ellos la miraba fijamente se asustó, y al retirarse jugando maquinalmente con la sortija, se le escapó de la mano y cayó al golfo. *(A los criados.)* Veamos cuál de vosotros se atreve á buscarla.

BEPPO. *(Entrando, á Donato.)* El Podestá acaba de llegar con treinta hombres armados.

DONATO. El refuerzo que le pedia. Está bien.

MYRTA. *(Entrando.)* Esa sortija era una reliquia... mi madre moribunda me la entregó despues de haber depositado en ella su último beso... con ella pierdo la postrer memoria de mi madre!

DONATO. *(A los criados.)* Cien ducados al que la traiga. *(A Myrta.)* Perdona, bella prima. *(Al criado.)* Venid. *(Sale con él.)*

FIAMET. *(A los criados.)* El señor Donato os ofrece cien ducados.

PETRUC. El mar está muy alborotado.

FIAMET. Doscientos ducados.

UNO. El viento sopla anunciando borrasca.

FIAMET. Trescientos: quinientos ducados teneis...

MYRTA. La mitad de mi fortuna os ofrezco.

PETRUC. Imposible.

MYRTA. Imposible. Ah! Dios mio! *(Cae en una silla: á este tiempo entra Ben-leil en traje de pescador: llega hasta Myrta y pone una rodilla en tierra.)*

ESCENA XIII.

Dichos.—Ben-Leil.

Ben-L. Aquí teneis vuestra sortija, señora.

Myrta. Ah!

Ben-L. Yo soy un pobre pescador de coral. Estaba esplorando estas costas, cuando un golpe de remo dado en falso hizo saltar mi puñal al agua: me arrojé en su busca, pero en vez de mi puñal he encontrado esta joya. (El hombre que os miraba, Myrta, era yo!)

Myrta. He prometido la mitad de mi fortuna al hombre que trajera esta sortija, y sostengo mi palabra.

Ben-L. Preguntad á esas buenas gentes, señora, y os dirán que todos los pescadores de coral son séres fantásticos. Mi hermana os ha visto en la fiesta de Martola, y me ha dicho:—Hermano, quiero tener una cinta como la que lleva la princesa de Fieramonte en sus cabellos.—Es tan caprichosa mi hermana!...—Bien, le respondí yo; la tendrás, aunque tuviera que ir por ella á Madras ó á Calcuta...—Vos podeis evitarme ese largo y penoso viaje. Dadme esa cinta y quedaré pagado. *(Myrta le dá la cinta.)* (Y consentiré que sea mujer de otro? No... no... jamás!) *(Se oyen gritos fuera.)*

ESCENA XIV.

Dichos.—Tomás.—*Criados.*

Tomas. *(A los criados.)* A las armas! Los piratas se dirigen hácia el castillo! á las armas!

Fiamet. Los piratas! Ay, Dios mio!

Tomas. *(A Fiametta que se vá.)* Vé á tranquilizar á la condesa.

Myrta. *(A Tomás.)* Los piratas has dicho?

Tomas. Aquí no correis ningun peligro. *(A los cria-*

dos.) Estaban escondidos en una ensenada de la isla de San Pablo. El duque nos espera en la plataforma. Vamos. (*Vanse: á poco se oyen tiros.*)

ESCENA XV.

MYRTA.—BEN-LEIL.

MYRTA. (*Con terror.*) Oh!

BEN-L. No temais nada; yo velo por vos.

MYRTA. Dios mio! Dios mio! (*Siguen los tiros.*)

BEN-L. Escuchadme, Myrta: al pié de este castillo se baten y mi puesto está entre los que triunfen ó entre los que mueran.

MYRTA. Morir!

BEN-L. Mi suerte depende de vos. Debo vivir?

MYRTA. Ah! esos tiros, esos gritos!

BEN-L. Es el grito de los que mueren, la fusilería de los vivos. Debo vivir?

MYRTA. Cuál es vuestro nombre?

BEN-L. Mi nombre!

MYRTA. Por qué palideceis?

BEN-L. Mi nombre!

MYRTA. Por qué temblais?

BEN-L. Yo me llamo Ben-leil.

MYRTA. (*Retrocediendo horrorizada.*) Ben-leil!

BEN-L. Oh! Perdonadme! piedad! piedad!

MYRTA. No os acerqueis á mi.

BEN-L. (*Arrojándose á sus piés.*) Me escuchareis, Myrta! Oh si me escuchareis! Por veros he atravesado los mares... he arriesgado veinte veces mi vida por hablaros!... Y este minuto de placer, por fugitivo que sea, lo he comprado por un crímen. (*Siguen los tiros.*) Mis amigos mueren y yo estoy á vuestros piés... su sangre corre, y yo no hago caso de sus voces por escuchar mejor la vuestra. (*Movimiento de Myrta.*) Oh! Quedaos... Es culpa mia el amaros? ¿Es culpa mia no haber tenido al rededor de mi cuna mas que hombres fieros y rudos?... Yo conservo algo de

su rudeza, pero mi corazon es bueno, mi corazon es puro.

MYRTA. Callaos.

BEN-L. Si muero condenado por vos, será mi primera alegría en la vida! Si vivo salvado por vos, será mi primera esperanza.

MYRTA. Dios mio! Dios mio!

BEN-L. Debo vivir, ó debo morir?

MYRTA. Vivid! (*Se dirige al terrazo, á tiempo que Brabadura Guisca y piratas escalan el terrazo.*)

ESCENA XVI.

Dichos.—BRABADURA.—GUISCA *y piratas.*

MYRTA. (*Retrocediendo.*) Ah! esos hombres?

BRABAD. Truenos y rayos! Hé aqui una aventura de amor que nos cuesta cara! Hemos sido rechazados... nos persiguen; ya solo tenemos tiempo para saltar esa terraza y arrojarnos en nuestras barcas, Vivo... capitan, os gusta esa mujer? pues qué diablo, carguemos con ella.

DONATO. (*Dentro.*) Por aquí! por aquí!

MYRTA. La voz de Donato!... A mí, Donato! á mí!

BEN-L. (*Con rabia y á los piratas.*) Donato!... Cerrad esas puertas. (*A Myrta.*) Ah!... Conque llamais á vuestro prometido cuando yo estoy aquí!... al que quizás amareis? Pues bien, seré para vos lo que hubiera debido ser. Yo soy Ben-leil el bandido, Ben-leil el pirata, que no conoce mas voluntad que la suya y que os roba. (*La coje en brazos.*)

MYRTA. Socorro, socorro!

BEN-L. Ni el cielo, ni el infierno te arrancarán de mis brazos! (*Se la lleva.*)

BRABAD. Andando! Magnífica presa! (*Saltan la balaustrada. Se oyen los golpes que dan á la puerta Donato y los suyos. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

LA ISLA DE LOS PIRATAS.

El teatro representa una isla. En primer término ruinas de un templo; al fondo rocas, y á lo lejos el mar.

ESCENA PRIMERA.

BRABADURA.—GUISCA.—FINGAR.—PIRATAS.—*Al levantarse el telon, se oyen dentro los cantos del festin. Fingar está paseándose sola por el fondo.*

GUISCA. Cómo se divierten esos bribones! El capitan piensa en todo menos en salir por aquí fuera á tomar el fresco. No importa; la isla de las ruinas está hoy de fiesta. Hay mujeres, vino... broma larga!... Dí, Brabadura, no es verdad que Fingar, la sultana del capitan parece que ha calado los masteleros y ha izado el pabellon negro esta mañana? Mírala, mírala dar bordadas al rededor de la sala del festin como si hubiese bebido vino de Chipre ó meditara algun abordage al través. *(Gritos y canto dentro.)* Diablo! cómo se divierten! Ah! si yo no estuviese de cuarto...

BRABAD. *(Mirando á Fingar.)* De veras que nuestra bella Fingar está hoy mas pensativa que de ordinario: estará celosa?

GUISCA. No le falta razon. Yo me he acercado á la mesa donde estaba sentado el capitan con la presa que hicimos el otro dia... esa bella siciliana. Oh!

magnífica criatura! A decir verdad, parece una estátua; pero qué ojos, Brabadura, qué ojos! Comprendo que el capitan está enamorado de ella.

BRABAD. El amor! Si me trajeran al que ha inventado esa farsa, lo colgaba de la punta de una entena. *(Cantos y risas.)* Bien, bien: cantad, bebed; olvidáos de que nuestros centinelas han señalado hace una hora una corbeta navegando á la bolina con direccion á Capri. Oh! á mí no me engaña! Ese buque me dá mala espina; es preciso velar, ya lo he dicho... y qué?... Cantan y rien. Ea! arriba! vamos á doblar los centinelas á lo largo de la costa de las palmeras. En marcha. *(Vánse todos menos Fingar.)*

ESCENA II.

FINGAR, *sola.*

Por qué he de amar á ese hombre que hoy me desprecia?... Yo necesito vengarme... no en vano corre por mis venas la sangre de las hijas del Archipiélago. Sí, me vengaré! *(Subiéndose á las rocas del fondo.)* La corbeta de Donato se halla á tres millas de aquí, y una palabra mia puede causar la muerte de Ben-leil y de esa mujer que me ha robado su amor. Sí... iré á buscarlos; que los maten embriagados en los placeres del festin! Los celos que me devoran, me roban la razon y la piedad. Me vengaré!

ESCENA III.

FINGAR.—MYRTA, *que aparece asustada por la izquierda donde figura estar la sala del festin.*

MYRTA. Una mujer! Ah! al menos vos me protejereis; defendedme! las dos juntas seremos fuertes... No escuchais esas carcajadas?... su cólera me espanta menos que su alegría. Ah! si los hu-

biéseis visto!... sus ojos chispeaban, sus manos estaban crispadas; uno de ellos ha roto su copa sobre la cabeza de un esclavo... y se han reido! otro se ha abierto el brazo para probar que su sangre tenia el color del vino con que se embriagaba... y tambien han reido! con esa carcajada satánica y estridente que se parece á los rugidos del tigre... *(Risas y ruido fuera.)* Y esos son los hombres que él manda?... con los que vive!

FINGAR. El señor es el dueño, y no se murmura nunca de su voluntad.

MYRTA. Y quién eres tú?

FINGAR. Yo era mas rica y mas poderosa que tú, que eres princesa de Fieramonte; hoy solo soy su esclava.

MYRTA. Pobre niña!

FINGAR. Mal haces en compadecerme.

MYRTA. Y no piensas en tu patria?

FINGAR. No.

MYRTA. Y no sientes haber abandonado á tu padre, á tu familia, á tus amigos?

FINGAR. No me acuerdo de nadie.

MYRTA. Y no aborreces á ese hombre? No le maldices?

FINGAR. Al contrario, le amo.

MYRTA. Se le puede amar acaso?

FINGAR. Sí, harto lo sabes tú.

MYRTA. Yo? valdria mas un veneno en las venas que semejante amor en el corazon. Tú le amas... ah! ya no me admiro de que tus manos estén ardiendo.

FINGAR. Sufro mucho...

MYRTA. De que tus ojos brillen con un fulgor sombrío.

FINGAR. Es porque la rabia me devora, porque te odio.

MYRTA. A mí!

FINGAR. Sí, te odio porque él te ama.

MYRTA. Ah! estoy perdida. *(Se aleja de Fingar.)*

ESCENA IV.

Los mismos.—BEN-LEIL.—PIRATAS.—*A poco* BRABADURA.

BEN-L. Ya que huis del festin, el festin viene á buscaros, mi bella desdeñosa. Abandonarnos cuando sois la reina de la fiesta!

MYRTA. (Oh! Dios mio! Dios mio!)

BRABAD. *(Saliendo apresuradamente.)* Truenos y rayos! Acaban de sorprender en las rocas del arrecife grande dos espias estranjeros; ya les traian aquí, cuando han logrado escaparse de manos de nuestros hombres, precipitándose al mar, donde se han ahogado. Capitan, yo veo turbio; algo malo pasa aqui.

BEN-L. *(Sin escucharle y fija su mirada en Myrta.)* Brabadura!

BRABAD. Qué?

BEN-L. Mirala. Parece la estátua del orgullo. Oh! quiero vencerla por el estupor, por el espanto.

BRABAD. Si, pero ahora...

BEN-L. Qué diablos haceis vosotros? qué significan esas frentes inquietas? por qué abandonais los placeres del festin? corramos á beber.

BRABAD. Eh! alto ahí: no es tiempo ahora. Capitan, acaba de apresarse un buque chato que habia encallado en el paso del coral; los doce hombres que le tripulaban se han dejado matar uno á uno hasta lo último. Yo veo esto turbio.

BEN-L. *(Mirando siempre á Myrta.)* Silenciosa y esquiva.

BRABAD. Perdon, Capitan, truenos y rayos, es preciso que yo os hable.

BEN-L. Vete!

BRABAD. Capitan, que es preciso.

BEN-L. Soy, ó no el señor? *(Brabadura baja la cabeza, duda, pero se retira.)* Comprendes ahora mi poder, desdeñosa? Ya has visto nuestras danzas y nuestros festines, ahora vas á ver nuestras riquezas. *(A una seña de Ben-leil algunas esclavas sacan cofres que depositan á los piés de Myrta.)*

ESCL. 1.ª Tú eras en Nápoles princesa, aquí serás reina. En este cofre se encierran todos los esplendores de la tierra. Mira el oro por do quiera, no tienes mas que estender la mano, para hacer rodar á tus piés una lluvia de oro.

ESCL. 2.ª Quizás habrás pensado alguna vez en ver adornados tus negros cabellos con las mas ricas perlas del mar, y tus hermosos brazos con los corales mas rojos; aquí los tienes.

FINGAR. Perlas y diamantes, corales y rubíes, no son mas que para realzar tu hermosura; antes de venir tú, era yo la sultana de estas comarcas; en adelante seré tu primera esclava. Mio es el honor de ceñirte esta corona, asi estarás mas seductora á los ojos de tu señor. (*Presentándola un espejo.*) Te encuentras bastante hermosa?

MYRTA. (*Llorando.*) Dios mio! Dios mio! Tened piedad de mí!

BEN-L. (Y llora!) Alejaos.

FINGAR. (Cómo la ama!)

BEN-L. (Está llorando!) Tierra y Cielo! No he dicho que se me deje solo! (*Vánse todos. Fingar se dirige á las rocas del fondo derecha.*)

FINGAR. A qué aguardo? Pueden humillarme mas? Ya sabrás Ben-leil que no se ultraja impunemente á las hijas de Grecia. Corramos á buscar la corbeta .. á vengarme. (*Váse apresuradamente por las rocas.*)

ESCENA V.

BEN-LEIL.—MYRTA.

BEN-L. Perdon. Oh! toda mi sangre por no ver correr esas lágrimas. Yo te amo!

MYRTA. (*Con desprecio.*) Yo te amo!

BEN-L. Yo os amo.

MYRTA. Seré quizás vuestra prisionera, pero no soy aun vuestra esclava.

BEN-L. Myrta!

MYRTA. Una princesa de Fieramonte puede dejarse conmover por un suspiro, por una mirada, por

una sonrisa quizás, pero estas perlas, estas perlas que habeis robado, estos corales y estos diamantes arrancados en el pillaje y el saqueo; este oro manchado aun de sangre, son dignos adornos de vuestras compañeras, pirata! es la dote de vuestras mujeres, bandido! (*Arroja las joyas.*)

BEN-L. Ah! esto es demasiado! En la lengua berberisca se me llama con una palabra que significa hijo de la noche. Se equivocan, solo soy hijo de mi valor y de mi voluntad.

MYRTA. Poco me importa.

BEN-L. Qué, tienes acaso alguna fuerza contra mi fuerza?

MYRTA. No se teme lo que se desprecia.

BEN-L. Escuchad Myrta, yo renunciaré á mi vida de pirata, iré á arrojarme á los piés del virey; yo, que no he inclinado mi cabeza sino ante Dios, me humillaré hasta la súplica, y le diré: monseñor, hasta hoy he sido una amenaza para vos, pero vedme aqui suplicando y con las manos juntas; yo soy buen marino, valiente soldado; enviadme á uno de vuestros buques, ó á un campo de batalla; por pequeño que sea mi puesto yo lo aceptaré sin vacilar; por grande que pueda ser, yo le llenaré. Ah! dejadme que me haga digno de la que amo. Yo seré menos terrible, menos grande quizás, pero seré mas útil. Ya no quiero ser el señor, seré solo el esclavo. (*Arrodillándose.*) Ah! no quereis que sea vuestro esclavo?

MYRTA. No debo dar oido á vuestras palabras.

BEN-L. A precio de mi sangre rescataré mi pasado; si alguna vez me decis «sé ilustre y glorioso como César» oh! entonces todo será posible, es tan fácil hacerse grande cuando nos anima la mirada de la mujer que se adora! vamos, Myrta, sed la mano que me levante, el valor que me guie, el alma que me purifique, reconciliándome conmigo mismo y con Dios. Ah! os callais!... (*Levantándose.*) Andaos con cuidado niña.

MYRTA. No se teme á nadie, cuando se tiene valor para morir.

BEN-L. La muerte! yo la desafio, que venga á arrancarte de mis brazos.

MYRTA. Insensato! no conoces que la muerte está en todas partes? La muerte está en ese mar, en cuyo seno puedo buscar un abrigo; está en esas flores emponzoñadas que no tengo mas que llevar á mis lábios; está en tu amor, porque si yo quiero me matarás.

BEN-L. Callaos, no me hagais entreveer que sois mortal, y que con vuestra muerte puedo vengarme de un rival que ódio.

MYRTA. Un rival!... Si, ese rival es mi prometido.

BEN-L. Callaos, lo sé.

MYRTA. Ese rival es el esposo que me he escogido.

BEN-L. Callaos.

MYRTA. Y á ese rival le amo.

BEN-L. *(Lleva la mano á su puñal.)* Estais tentando á Dios!

MYRTA. Le amo, si, le amo.

BEN-L. Ah! *(Va á herirla y tira el puñal.)*

MYRTA. Dudas aun? Paciencia! ya lo harás, tu puñal te es familiar.

BEN-L. No, quiero que vivas.

MYRTA. Para quién? Para tí quizás? *(En tono irónico.)*

BEN-L. Ah! yo me he arrastrado á sus piés y ella se burla, pues bien, rie ahora; ya hice pedazos mi ídolo. Estás aqui, me perteneces, eres mia, mia, lo oyes? No como amiga sino como esclava; no como mi esposa sino como mi querida.

MYRTA. No te temo.

BEN-L. Y tiemblas sin embargo?

MYRTA. Por tí, porque Dios te mira en este momento.

BEN-L. Dios me herirá cuando quiera.

MYRTA. Sacrílego! *(Se oyen los cantos del festin.)*

BEN-L. Los cantos vuelven á empezar, los oyes? Cada uno de mis compañeros tienen á su lado su querida, y yo quiero tambien mostrar la mia en el festin; ven, vas á seguirme.

MIRTA. *(Retrocediendo.)* Ben-leil!

BEN-L. Te he suplicado, y has sido sorda á mis súplicas. Suplica á tu vez, yo seré sordo á tu voz.

MYRTA. Por muy cobarde y muy miserable que sea, habrás tenido una madre: pues bien, insultán-

dome insultas á tu madre; la ultrajas ultrajándome.

BEN-L. (*Deteniéndose.*) Mi madre!

MYRTA. (Se ha estremecido!) Pues bien, si tu madre te viese en este momento, te atreverias á despreciar mis lágrimas? Osarias ante ella insultar á una mujer?

BEN-L. Mi madre!

MYRTA. Ha muerto acaso? Puesto de rodillas delante de su tumba debias implorar el perdon de tus faltas. (Ah! está llorando!)

BEN-L. Mi madre!... (*Se arrodilla.*) Sér adorado que no conozco; fantasma querido de mi imaginacion y que me sonrie en mis sueños! Mi madre! me hablais quizás en su nombre en este momento? (*Se descubre.*)

MYRTA. (Qué veo? Es la señal de un orígen ilustre, es el blason de los Scyllas! Dios mio! qué misterio se encierra aquí?)

BEN-L. Ah, Myrta! Una palabra vuestra ha destruido todas mis esperanzas. Por lo que mas ameis en el mundo, me concedereis el favor de estrechar vuestra mano?

MYRTA. Sí, tomadla.

BEN-L. Sois libre... (*Con voz ahogada por el dolor.*) y sin embargo, os amaba con todo mi corazon! (*Cae sentado con la cabeza entre las manos. Se oyen gritos de alerta que se van perdiendo á lo lejos.*)

ESCENA VI.

Dichos.—GUISCA, *precipitadamente.*—*Despues* BRABADURA.—PIRATAS.

GUISCA. Capitan, nos han vendido: estamos cercados.

MYRTA. Dios mio!

GUISCA. La flota española arriba á nuestros puertos, y antes de un cuarto de hora las tropas del Virey desembarcarán en la isla.

BEN-L. La isla!... tropas!... qué dice? (*Aparecen varios piratas en desórden.*)

GUÍSCA. Ved que apenas tenemos tiempo para aprestar nuestras embarcaciones; las tropas del Virey avanzan al grito de viva Donato!

BEN-L. Donato!... ah! vuestro prometido! Dónde están mis armas? Poned á esa mujer en sitio seguro, y me respondeis de ella con vuestra cabeza.

MYRTA. Ben-leil, por piedad!

BEN-L. Que se la lleven, digo! *(Se la llevan.)* Ahora, compañeros, á las embarcaciones.

UNO. Las amarras han sido cortadas; estamos perdidos!

BEN-L. Perdidos, cuando yo estoy en pié!

GUISCA. *(Desde lo alto de la roca.)* La fragata española se aproxima... corramos hácia el puente.

TODOS. Vamos. *(Se oye un cañonazo.)*

BRABAD. *(Saliendo.)* Deteneos. Una bala acaba de echar abajo el puente.

BEN-L. Ah! han querido pillar al leon en su caberna.

BRABAD. Caro les ha de costar. Aquí, muchachos. *(Echan abajo una columna y se descubre una trampa que dá entrada al subterráneo.)* Capitan, si nos vemos perdidos...

BEN-L. Tienes razon, Brabadurá, cuánta pólvora tenemos en el subterráneo?

BRABAD. Mil quintales.

BEN-L. Cuánto tiempo podemos defendernos?

BRABAD. Mientras nos quede carne sobre los huesos.

TODOS. Sí, sí.

BEN-L. *(En voz baja á Brabadura.)* Si muero, á ti te dejo encomendada á Myrta.

UNO. *(Asomándose por una roca.)* Ya están aquí. *(Aparece un buque por el foro.)*

BEN-L. Ahora, compañeros, que quede memoria de los Hijos de la noche.

ESCENA VIII.

Dichos.—DONANO.—*Soldados. Desembarco. Despues de una corta lucha los piratas son vencidos. Ben-leil y algunos retroceden defendiéndose hasta las ruinas.*

DONATO. A ellos mis valientes! fuego!

BEN-L. Vendamos caras nuestras vidas, fuego!

BRABAD. *(Cayendo herido.)* Diablo! Aquí concluyó mi historia.

BEN-L. Tierra y cielo!

DONATO. Rendios ó sois muertos.

BRABAD. Al menos quiero morir de pié.

BEN-L. *(Cojiendo una antorcha que le trae un pirata y colocándose en la entrada del subterráneo.)* Truenos y rayos, un paso mas, y hago volar estas ruinas. *(Donato detiene á sus soldados. Desde este momento debe cesar completamente el fuego para que pueda oirse el final del acto.)*

DONATO. Ahora pagarás tus infamias.

BEN-L. Ven á buscarme si te atreves. *(Aparece Myrta entre las ruinas.)*

MYRTA. Dejadme! Yo tambien quiero morir. *(Desde que sale Myrta Ben-leil baja la antorcha y se queda estático mirándola.)*

DONATO. BEN-L. } Myrta!

MYRTA. *(A Ben-leil.)* Esos soldados se sacrifican por mí, y quiero participar de su suerte.

BRABAD. Fuego á la pólvora, mi capitan, fuego á la pólvora.

BEN-L. Muerta por mí... ella! Nunca.

BRABAD. Qué esperais? fuego.

BEN-L. Donato, soy tu prisionero. *(Arroja la antorcha. Los soldados de Donato se lanzan sobre Ben-leil y los suyos. Cuadro final.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

LAS DOS MADRES.

Salon en el palacio de los Scyllas: á la izquierda y en primer término una capilla; al lado puerta secreta. A la derecha el oratorio de Julia; puerta al fondo. Encima un retrato del duque de Scylla con el trage que sacó en el prólogo.

ESCENA PRIMERA.

JULIA.—*Despues* FIAMETTA.—*Julia está arrodillada delante de un reclinatorio. Fiametta sale por el fondo.*

FIAMET. (Pues señor, este es un dia que dejará recuerdos. El triunfo de monseñor Donato y esos pobres piratas que ha hecho matar á todos en su isla... hasta al teniente Brabadura. En fin, esta tarde un casamiento... el casamiento de mi pobre señorita!...)

JULIA. *(Viéndola.)* Eres tú, hija mia?... has iluminado la capilla?

FIAMET. Voy á hacerlo, señora. El limosnero del castillo se pondrá á las órdenes de la señora condesa á las doce de la noche.

JULIA. Bien.

FIAMET. Y la señora condesa acudirá sola aqui? Se dice que á esa hora la sombra del Duque aparece por esa capilla. *(Señalando á la capilla.)*

JULIA. Oh! hija mia! los muertos no vuelven mas.

FIAMET. (Desde aquí se ven las sombrias paredes donde están colgadas las armaduras de los Scyllas. Jesus! Si parecen hombres de hierro!! *(Myrta aparece por la puerta secreta.)* Ay, qué susto me ha dado!) *(Fiametta entra en la capilla.)*

ESCENA II.

JULIA.—MYRTA.

MYRTA. Os buscaba, señora!

JULIA. Tú buscas la soledad y la tristeza con esos vestidos de fiesta?... Pobre niña! cuán pronto has conocido el dolor!

MYRTA. Y el mas cruel de todos es el estar prometida á un hombre que no se puede amar.

JULIA. No amas, pues, á Donato?

MYRTA. Yo quisiera no pensar mas que en Dios y entrar en un convento.

JULIA. Amas tal vez á otro?... Oh! todo puedes confiármelo... mi corazon es piadoso é indulgente para con los que aman.

MYRTA. Así lo he comprendido, y por eso he venido á buscaros.

JULIA. Háblame como á una amiga, como si no fuera la madre de Donato... Su nombre?

MYRTA. Lo ignora él mismo! Es un niño abandonado que unos piratas recogieron; pero cosa estraña, señora!... es la viva imágen de Scylla!

JULIA. De Scylla! La naturaleza es impotente para reproducir la fisonomía y los rasgos de ciertos hombres... ni aun su mismo hijo se le parece.

MYRTA. Tomás ha creido encontrar de nuevo á su amo al verle. Esto puede ser una cruel casualidad, pero todo en él recuerda al héroe de que tantas veces me habeis hablado... hasta tiene sobre la frente un mechon de cabellos blancos.

JULIA. El blason de los Scyllas! Estás loca, niña, estás loca. *(Señalando al retrato.)* Mira.

MYRTA. Ben-leil!

JULIA. No. Scylla.

MYRTA. Scylla para vos, Ben-leil para mí.

JULIA. (Otra vez esta duda!...) Y dices que nunca ha conocido á sus padres?

MYRTA. No.

JULIA. (Ah! Dios mio!) En dónde está?

MYRTA. Prisionero en uno de los calabozos del subterráneo.

JULIA. Quién le guarda?

MYRTA. Tomás.

JULIA. Y Donato?

MYRTA. Donato ha hecho levantar el cadalso destinado al prisionero; si el Virey consiente, le hará morir á nuestros ojos, señora!

JULIA. Vamos, cálmate... Y tú has contado con mi clemencia para salvarle?

MYRTA. Yo he contado con vuestros recuerdos.

JULIA. Quiero verle, ven. *(Vánse por la puerta secreta.)*

ESCENA III.

FIAMETTA *sale de la capilla.—Despues* MARIA.

FIAMET. Ya está todo arreglado. Ah! pues estoy sola!

MARIA. *(Por el foro.)* (He creido oir la voz de Myrta.)

FIAMET. (Maria!)

MARIA. (Qué habrá dicho la condesa? Ni la una ni la otra aman á Donato.)

FIAMET. (Esta mujer anda siempre conspirando.) Me buscábais, María?

MARIA. No, busco á la condesa.

FIAMET. Hace poco ha estado aquí con la señorita de Fieramonte.

MARIA. (La puerta del subterráneo está abierta.) *(Señalando la puerta.)* Ha venido por allí la condesa?

FIAMET. (La espiaba.) No.

MARIA. Lo hubiera creido... Estaba muy agitada, no es verdad?

FIAMET. Por qué habia de estarlo?

MARIA. *(Recogiendo un pañuelo.)* Ha olvidado su pañuelo, un pañuelo bordado por su madre?

FIAMET. (Qué mujer esta!) A mí me ha parecido tranquila, aun indiferente.

MARIA. Y habrán bajado sin duda al subterráneo?

FIAMET. Esa puerta os hace sospechar?... he sido yo quien la ha abierto: oí ruido, y era el prisionero que se quejaba... Dicen que lo juzgarán muy pronto?

MARIA. A esa gente no se la juzga, se la cuelga.

FIAMET. Ya lo creo! un pirata!... Dicen que el capitan es horroroso?

MARIA. No, es un hermoso jóven á quien tú no conoces.

FIAMET. Yo?

MARIA. El levantino.

FIAMET. De veras es él? (Pobre señorita!)

MARIA. Deben estar en el oratorio... voy á ver... (*Váse por la derecha.*)

FIAMET. Cómo me mira!... Yo no soy mala, pero creo que tendria valor para hacer daño á esa mujer.

ESCENA IV.

FIAMETTA.—JULIA.—MYRTA.—*Que salen por la puerta secreta.*

JULIA. (*Mirando el retrato.*) Sí, sí; eso es, no es el retrato de Scylla, es el suyo.

MYRTA. Debiais haberle hablado, señora.

JULIA. No me he atrevido... no he podido... me sorprendió como un fantasma. Ademas, qué podia decirle? no tenia mas que un nombre en mi corazon y en mis labios, «Scylla!» Nada mas que una palabra «hijo mio.» Podia llamar á ese estrangero «hijo mio?» Podia decir á ese desconocido, «Scylla!»

MYRTA. Ya veis que no os habia engañado, señora.

JULIA. He visto á Donato en peligro, mi hijo Donato, el heredero de aquel á quien tanto amé vivo, y adoro despues de muerto; pues bien, su peligro me ha conmovido menos que una mirada de ese hombre.

MYRTA. Vuestro corazon os lo decia.

JULIA. Para quedar mejor convencida de que no era

víctima de una vision, he dicho en voz baja á Tomás, «matarias á Ben-leil si te se mandara?» No, me contestó estremeciéndose, creeria matar á mi señor. Pues bien, yo le salvaré, y de este modo creeré haber salvado á mi hijo.

FIAMET. (*Bajo á Julia.*) Maria está en el oratorio, señora!

JULIA. Maria! Maria! (Es la única que puede aclarar este misterio.) Dile que venga. (*Váse Fiametta.*)

MYRTA. Quereis interrogarla? Andaos con cuidado, señora; esa mujer es un enigma impenetrable. Solo Dios puede leer en su corazon.

JULIA. Dios, y una madre tambien. Déjanos, hija mia. (*Váse Myrta por el fondo.*)

ESCENA V.

JULIA.—*Despues* MARIA *por la derecha.*

JULIA. Si ella posee mi secreto, yo se lo arrancaré... Dios estará de mi parte, y se apiadará de la duda y la ansiedad que me devoran... aquí está.

MARIA. (Qué me querrá?) La señora Condesa me ha hecho llamar?

JULIA. Sí, queria suplicarte que fueras á casa del limosnero... no, he cambiado de parecer... parece que estás inquieta?

MARIA. Yo? es posible, porque me parece que la señora Condesa sufre. No habeis tomado nada desde esta mañana?

JULIA. No tengo gana, no tengo mas que sed; me darás un vaso de agua.

MARIA. Vuestro refresco? voy...

JULIA. No, espera... He tenido un sueño esta noche, que me atormenta. Crees tú en los sueños?

MARIA. En un sueño se predijo á mi padre que moriria al año siguiente, y murió.

JULIA. Esta noche pasada me quedé dormida en este sillon. Daban las doce y los habitantes del castillo se agrupaban junto á esa puerta. Todos temblaban... porque oian los pasos de un hombre de armas, y su espada que resonaba en los

pavimentos. Era Scylla. Estaba triste y sombrío, pero no con esa tristeza que dá la muerte... Se llegó á mí... dos gruesas lágrimas rodaban de sus ojos... «dónde está mi hijo?» esclamó: hice venir á Donato y quise arrojarle en sus brazos, pero le rechazó colérico volviéndome á repetir: «Dónde está mi hijo?...» Aun me parece que oigo su voz, Maria aun me parece que siento su helada mano entre las mias... Qué dices de esto?

MARIA. Digo... que es un sueño, señora.

JULIA. Sí, pero sueño estraño, sueño terrible; despues todo habia desaparecido! Estábamos en un lugar sombrío... el viento silbaba en los espacios... el agua caia de las rocas!... sobre la paja en un rincon yacia un prisionero... con hierros en los piés... hierros en las manos, pero la cabeza elevada y altiva. La sombra tomó una lámpara, y se dirigió lentamente hácia aquel hombre del cual no podian separarse mis ojos. «Reconoce á tu hijo,» me gritó. Era Ben-leil. Y la sombra le depositó en mis brazos, diciéndole: «Abraza á tu madre.»

MARIA. Ben-leil?

JULIA. Y nosotros permaneciamos abrazados, mientras que la sombra decia: «Este es tu hijo!...» sí, tu hijo! á quien debes defender y amar, tu hijo arrebatado á tu ternura, tu hijo á quien esos miserables han robado, mientras tú dabas ese nombre al enemigo de tu casa! El enemigo de mi raza, un bastardo que mancha mi nombre al llevarle, y que manda como dueño en este palacio, en el cual debia servir como esclavo.

MARIA. (Dadme fuerzas para callarme, Dios mio!)

JULIA. Entonces se apareció Donato... y la sombra le degradó como á un miserable... Qué dices de esto?

MARIA. Que es un sueño espantoso y absurdo, señora.

JULIA. Lo crees asi? (No ha temblado! no ha palidecido!)

MARIA. Y despues?

JULIA. Despues? Despues... mi sueño se desvaneció al primer rayo del dia... pero me he encontrado

con la realidad. Puede que creas que he hallado de nuevo la tranquilidad. Al contrario: habia visto en sueños una puerta embutida en una de las paredes del castillo, y esa puerta... es aquella: habia seguido por una escalera desigual y tortuosa, y esta escalera está allí; al fondo habia un subterráneo; al fin de este subterráneo un calabozo, y en este calabozo un prisionero tendido sobre la paja y cargado de cadenas... Pues bien, he visto el subterráneo, he visto el calabozo, y he visto tambien al prisionero.

MARIA. (Cielos!)

JULIA. Y este prisionero se llama Ben-leil.

MARIA. La casualidad tiene estrañas coincidencias.

JULIA. Este hombre es la imágen viva de Scylla.

MARIA. La naturaleza tiene sus caprichos.

JULIA. Lleva sobre la frente el blason de los Scyllas.

MARIA. En una cabaña de la Calabria he visto el retrato de un pastor, que tenia tambien un mechon blanco en sus cabellos. Este, sin embargo, no era un Scylla.

JULIA. El prisionero es un niño robado.

MARIA. Qué lo prueba?

JULIA. No ha conocido á su madre.

MARIA. Puede mentir.

JULIA. Recogido en una noche de tempestad, adoptado y educado por unos piratas, ha vivido con ellos y como ellos; pero tiene el alma de un gran hombre, y el corazon de un soldado.

MARIA. Ha querido enterneceros.

JULIA. Enternecerme?... Hablándome de su madre que no ha conocido?

MARIA. Os compadezco, señora. Abrigais una quimera que emponzoñará vuestra vida. Pero vuestro corazon no os dice acaso que Donato es vuestro hijo?

JULIA. No.

MARIA. No le amais pues?

JULIA. No.

MARIA. Ah! dudad, entonces, llorad, desesperaos; mereceis el suplicio que Dios os envia, madre desnaturalizada!

JULIA. Ignoras por ventura, que hace ya veinte años

que estoy sufriendo! Dios solo lo sabe!... Estoy pálida, pálida por mi dicha desvanecida, y tambien por la duda que me atormenta.

MARIA. Callaos!

JULIA. Ninguna mujer ha conocido mi dolor, ninguna madre lo ha sufrido!... Si yo he querido vivir con los muertos es porque los vivos me asustaban... Si he cerrado mi corazon á Donato, es porque encontraba en su fisonomía una burla de la suerte, una ironía del destino!

MARIA. Callaos! callaos!

JULIA. Qué tiene Donato de su padre?... Nada, ni la voz, ni el gesto, ni la figura... Nada, ni el alma, ni el corazon. Si me hubieran robado á mi hijo?

MARIA. Señora!...

JULIA. ¿Es Donato mi hijo cuando no he podido darle nunca este nombre sin estremecerme? Yo siento un amor de madre infinito, una terneza inefable, y sin embargo, no me atrevo á estrecharle en mis brazos, y me aparto de él rechazándole. Oh! si me hubieran robado á mi hijo!

MARIA. Señora!...

JULIA. Yo he hecho cuanto he podido para amarle, ¡le hubiera querido tanto si me recordára á su padre! pero mi corazon y mi alma caian en la duda y el desaliento, y entonces como un aviso del cielo, un ser misterioso cruzaba por mi imaginacion, ser invisible, ilusion adorada! oh qué hermoso y bueno era este! tenia el alma y la fisonomía de Scylia... Yo le llamaba hijo mio con toda la fuerza de mi corazon, y él me llamaba su madre con toda la espansion de su alma. Oh! si me hubieran robado á mi hijo!

MARIA. Sospechais acaso de mí?

JULIA. No, pero tú no has estado siempre junto á su cuna, tú has podido, has debido alguna vez alejarte, aunque no fuese mas que un momento, y en ese momento pudo cometerse el crimen.

MARÍA. Os digo que no.

JULIA. Habrás encontrado un estraño en vez del niño

que yo te habia confiado, y no te habrás atrevido á revelarle esa desgracia á su madre; vamos, esto se comprende... En tu lugar yo hubiera hecho otro tanto... Pero escúchame, tu silencio seria hoy un crimen. Mi hijo puede ser ese que está entre cadenas... Va á morir, y morirá... cuando yo puedo salvarle. Ah! piensa en lo que vas á hacer, no me abrumes con esta duda, no me hagas cómplice en ese crimen! habla.

MARIA. Donato es vuestro hijo.

JULIA. Ah! no mientas!... Yo no te maldeciré: al contrario, te bendeciré, querré lo mismo á Donato; si tú quieres será siempre rico y poderoso, y yo me iré á vivir á un desierto con mi hijo!... vamos, Maria, dime la verdad.

MARIA. Donato es vuestro hijo, señora!

JULIA. Mirame cara á cara si quieres que te crea.

MARIA. Repito que es vuestro hijo.

JULIA. Te atreverás á jurarlo?

MARIA. Lo juro.

JULIA. Eres cristiana; te creo.

MARIA. (Lo habia dicho; he sido fuerte hasta lo último.)

JULIA. (Es esta la audacia del crimen ó la calma de la inocencia?) (*Se sienta. Pausa.*)

MARIA. (*Tomándole la mano, que Julia retira.*) Veis?... vuestra mano está abrasando; la fiebre del insomnio es la que os causa esos arrebatos y esos errores· venid á descansar, señora. Me habeis creido capaz de un crimen muy grande! Es acaso mi solicitud hácia vuestra familia quien me acusa? He vivido para vos, y moriré por vos: la injusticia no me separará jamás de mi deber.

JULIA. Le hubiera amado tanto si me recordara á su padre!

MARIA. Os calumniais vos misma. Qué sacrificio no habeis hecho por él? Habeis renunciado al mundo y rechazado las mas ventajosas alianzas por no arrebatarle vuestra ternura.

JULIA. No era por el hijo por quien me sacrificaba, era por el padre!

MARIA. Le habeis educado con la verdadera pasion de una madre; hombre, le habeis protegido; en el lecho del dolor, cercano á la tumba, habeis pasado las noches de fiebre á su cabecera, combatiendo el mal con una abnegacion sin límites.

JULIA. *(Levantándose.)* Era la hermana de la caridad la que velaba, era la piedad la que suplicaba; no era la madre.

MARIA. Las madres no se vanaglorían jamás de odiar á sus hijos; no os creo.

JULIA. Sus manos están manchadas de sangre!

MARIA. De sangre! Ah! detenéos, señora! Despues de haber calumniado á vuestro corazon, vais á calumniar á vuestro hijo!

JULIA. *(Cojiéndola de la mano.)* Es un crimen haber puesto fuego á un convento para robar una religiosa?

MARIA. (Lo sabe.)

JULIA. Es un crimen haber dado asilo á un proscripto y haberse aprovechado de su sueño para hacerle traicion y entregarle?

MARIA. (Lo sabe.)

JULIA. Es un crimen, en fin, el asesinato de Berta?... todo lo sé!... Martell, uno de sus compañeros de maldades, me lo ha revelado todo antes de morir.

MARIA. Oh!

JULIA. Y es mi hijo ese hombre?... Y te has atrevido á jurarlo... Mi hijo un Favelli!... un Scylla!... Los Favelli son generosos y valientes; él es miserable y cobarde: los Favelli son altivos, y miran á sus amigos ó enemigos cara á cara. En Donato la sonrisa es falsa, el corazon pequeño, la mirada torva... corazon de cobarde; mirada de traidor.

MARIA. Oh!

JULIA. Puede parecerse á su padre?... puede parecerse á ese héroe?... si, como el chacal se parece al leon.

MARIA. (Dejarle insultar de ese modo delante de mí!...)

JULIA. Cómo vive?... vive en el juego, en el libertinaje y la orgía. Quiénes son sus amigos?... cortesanas prostituidas, hombres sin fé; arrastra su

juventud en toda clase de vicios, y echa sobre su honor toda clase de manchas.

MARIA. (Y he de callarme!...)

JULIA. A todo se atreve: á la orgía del vicio como á la del amor: al escándalo como al vicio; al vicio como á la vergüenza, á la vergüenza como al crimen.

MARIA. (Dios mio!)

JULIA. Y es ese el hijo de Scylla?... y es ese el hijo que yo he llevado en mi seno?... Mentira! Mentira!... esa es la audacia de la bajeza!

MARIA. (Dios mio!)

JULIA. Es el asesinato, es el crimen.

MARIA. Calláos.

JULIA. Es el disgusto, el desprecio.

MARIA. Calláos! calláos!

JULIA. No... si hasta ha osado traficar con el honor de su padre!

MARIA. Ah! callad!... yo soy su madre!

JULIA. *(Con un grito de alegría.)* Ah!... por fin has confesado.

MARIA. *(Conteniéndose.)* Sí... su madre; no le he alimentado á mi propio seno?

JULIA. Vete, vete.

MARIA. Ya me volvereis á llamar, señora.

JULIA. Si me has engañado, María, á Dios dejo el cuidado de castigarte.

MARIA. (Mi corazon me ha vendido!... causará esto la ruina de Donato?... no; mientras yo exista, será siempre duque de Scylla.) (*Váse por el foro.*)

JULIA. No, no hay que dudar; la madre ha hablado á pesar suyo. Tomás!... si, si; ese ha sido un grito del corazon. Tomás!

ESCENA VI.

JULIA.—TOMÁS, *que sale por la puerta secreta.*

JULIA. En dónde está el prisionero?

TOMAS. Le he hecho conducir al salon bajo; dá lástima verle: en este momento se le ha comunicado la

muerte de Brabadura, y esta noticia le ha dejado como herido de un rayo.

JULIA. Es necesario salvar á Ben-leil.

TOMAS. Pero...

JULIA. Salva al heredero de tu señor.

TOMAS. De mi señor?

JULIA. Y si su altivez le hace rehusar, dile que soy yo, su madre, quien lo manda. Yo no tengo secretos para tí; corre, corre.

TOMAS. El, vuestro hijo... Oh! qué idea! Descuidad, descuidad: le salvaré. *(Váse Tomás por la puerta secreta. Julia por el oratorio.)*

ESCENA VII.

DONATO.—EL VIREY, *que aparecen del brazo por el fondo.*

DONATO. Habeis venido á honrar esta casa, señor Virey.

VIREY. Vengo á deciros que Su Magestad desea que hagais vuestra declaracion.

DONATO. No bastan las pruebas que he presentado?

VIREY. Debeis comprender, Duque, que el Rey mi señor, no puede colmar de honores tan fácilmente á un hombre cuyo padre ha sido uno de los mas terribles enemigos de la España.

DONATO. Tened la bondad de veros antes con mi madre; en su oratorio la encontrareis.

VIREY. Bien: vuelvo al momento. *(Váse por la derecha.)*

MARIA. *(Por el fondo.)* Oh! desgraciado; desgraciado!

DONATO. Qué tienes, nodriza?

MARIA. La condesa duda de tu orígen, sospechando que no eres su hijo; estás perdido, pero mientras yo exista nada tienes que temer.

DONATO. No te entiendo.

MARIA. Silencio, vienen hácia aquí; serenidad y te salvaré.

ESCENA VIII.

Dichos.—JULIA.—MYRTA.—VIREY.

JULIA. Donato no hará nunca eso, señor Virey.

VIREY. Sospecho lo contrario, señora.

JULIA. Has preparado mi refresco, Maria?

MARIA. Si señora.

JULIA. Puedes traérmelo. Con vuestro permiso, señor Virey.

MARIA. Voy al punto, señora. (Qué voy á hacer? quizás sea esto causa de mi muerte; pero de ese modo morirá el secreto entre nosotras.) *(Váse por el foro.)*

MYRTA. (*A la Condesa en voz baja.*) Y el prisionero, señora?

JULIA. (*A Myrta.*) Nada temas, se ha salvado.

MYRTA. (Bendito sea Dios!)

DONATO. Madre mia!

JULIA. (Su madre.)

DONATO. Llegais á tiempo para ser testigo de la declaracion solemne que me imponen el respeto y el amor que debo á la memoria de mi padre.

VIREY. Decid: os escuchamos, duque de Scylla, príncipe de Fieramonte, grande de España.

JULIA. Grande de España.

DONATO. Si señora, grande de España.

MARIA. (*Saliendo con el refresco.*) (Oh! mis deseos se cumplen!) Aquí está vuestro refresco, señora.

JULIA. Dadme.

MARIA. Dios me juzgará!

DONATO. Voy públicamente á borrar una mancha de mi blason.

JULIA. Qué dice? (*Iba á beber y se detiene; luego deja el vaso encima de la mesa.*)

DONATO. Declaro aqui ante todos, que el Duque de Scylla mi padre, no fué nunca un rebelde, y que jamás se opuso á los sagrados derechos de la España, y declaro que si un dia conspiró, fué en favor de esa nacion, no contra ella.

JULIA. (Pero eso es una profanacion!)

DONATO. (*Saca un papel.*) Aqui tengo la prueba. Señores, miradla. *(Empiezan á dar las doce.)*

JULIA. Las doce! la hora de tu muerte, Scylla.

DONATO. Esta es una carta que mi padre escribió momentos antes de su muerte al general de S. M. Fernando el Católico.

JULIA. Horror! Y la sombra de Scylla no se levanta para responder á esa infame acusacion?

DONATO. Mirad, ese es el sello de los Scyllas.

JULIA. Pero son sordos los muertos?

DONATO. Señores, voy á leer esta carta.

ESCENA IX.

Dichos.—BEN-LEIL, *con el trage que Scylla sacó en el prólogo y calada la visera del casco.*

BEN-L. Esa carta es falsa.

MARIA. Y quién eres tú que hablas asi. (*Le descubre.*)

TODOS. Scylla.

JULIA. Es él!

MARIA. No, es Ben-leil.

JULIA. Hijo mio!

BEN-L. Si, soy Ben-leil, pero tambien soy Scylla. (*A Donato.*) Ese hombre es un falsario y un cobarde, y yo te arrojo al rostro tu propia infamia, bastardo. *(Le arroja la carta.)*

DONATO. Miserable!

JULIA. Bien, bien, Scylla, has vengado á tu padre.

DONATO. A su padre!

MARIA. Oh!

DONATO. Debia esperar este escándalo, señores: mi nodriza me lo habia ya prevenido. Mi madre no tiene razon.

JULIA. Ah!

DONATO. Decis que es vuestro hijo, que es el hijo de Scylla? Dónde están las pruebas, señora?

MARIA. Si, si, las pruebas, señora. Yo he alimentado á mis pechos á Donato, puedo decir con mas razon que nadie que esa mujer miente... Si, lo repito, miente; pongo por testigo á Dios. Que El juzgue y castigue á aquel que mienta.

JULIA. (Y no tener mas pruebas que los gritos de mi corazon!

DONATO. Os callais? Pues bien, yo voy á daros una prueba... pero una prueba viviente de lo contrario. *(Al fondo.)* Entra, Brabadura.

MARIA. (Brabadura !)

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—BRABADURA.

DONATO. Le habiais creido muerto, no es verdad? Yo he cuidado de su vida, para que ahora oigais la verdad de sus lábios.

JULIA. (Piensa que depende la vida de tu señor de lo que vas á decir.) Cuál es el nombre de su padre?

DONATO. Acuérdate de nuestro pacto.

VIREY. Di. Sabes el nombre de su padre?

BRABAD. *(Bajo á Donato.)* Me concederán el perdon?

DONATO. Sí.

BRABAD. Me dareis los diez mil escudos?

DONATO. Veinte mil.

VIREY. Di la verdad.

BRABAD. Pues bien, la verdad es... *(A Donato:)* que este hombre es un bribon... Si, un farsante, un bribonazo.

DONATO. Ah!

BRABAD. El tunante me ofrecia veinte mil ducados y mi perdon por vender á mi señor. Guarda tu perdon y tu oro, no los necesito. *(Al Virey.)* Me preguntábais el nombre de su padre... Su padre era Scylla... El hombre que le robó... Y que le ha educado he sido yo. Esa es la verdad.

MARIA. Ese hombre miente.

BRABAD. No, acordaos de la noche en que mataron al conde Orbani.

MARIA. Cielos!

BRABAD. Acordaos que yo iba enmascarado, que entré en vuestra cabaña y robé á un niño: luego habreis querido sin duda suplantar...

MARIA. Silencio!

DONATO. Ay, yo me ahogo. *(Se dirije á la mesa, donde dejó Julia el refresco.)*

BEN-L. Mi buen Brabadura.

BRABAD. Mi capitan. *(Se abrazan.)*

MARIA. *(Lanzándose á Donato que ha bebido.)* Donato, Donato, qué has hecho?

DONATO. Ay, yo me abraso!... *(Cae en el sillon.)*

MARIA. Hijo de mi alma!...

BRABAD. Ya lo ois, señores.

VIREY. *(A Benleil.)* Duque de Scylla, venid á mis brazos, y sed feliz al lado de vuestra madre y de vuestra esposa. *(Ben-leil, Julia y Myrta quedan agrupados convenientemente. Maria á los piés de su hijo. Cae el telon.*

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 7 de enero de 1857.

De conformidad con el dictámen del Sr. Censor D. Ceferino Suarez Bravo, puede representarse este drama en cuatro actos y un prólogo, titulado, *Los hijos de la noche.*

P. O.,

ESCOBAR.

1902

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una ensalada de pollos.
Una actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi media naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Diego corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bodadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
Bl Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La Flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá.. . .	Eladio Altés.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras.. .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin María Casaus.
Aranda. .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . .	José Espinosa.
Avila. . . .	Santiago Lopez Muñoz.
Avilés.. . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Francisco de P. Torrente.
Barbastro.. .	Mariano Ferraz.
Barcelona.. .	Juan Oliveres.
Idem. . . .	José Piferrer y Depaus.
Baza. . . .	Joaquin Calderon.
Bejar. . . .	Vicente Alvarez.
Bilbao.. . .	Viuda de Delmas.
Borja. . . .	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra.. . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . .	José Valiente.
Cádiz. . . .	Viuda de Moraleda.
Calatayud. .	Bernardino Azpeitia.
Carrion. . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. .	Juan Maestre.
Cervera. . .	Antonio Samperé.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real..	Viuda de Gallego.
Córdoba. . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . .	José Lago.
Cuenca. . .	Pedro Mariana.
Ecija. . . .	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . .	Francisco Dorca.
Gijon. . . .	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara. .	Fermin Sanchez.
Habana. . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . .	Manuel Guillen.
Igualada. . .	Antonio Onís y Novau.
Jaen. . . .	José Sagrista.
Jer. de la Fr.	José Bueno.
Leon. . . .	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.. . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena. . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa.. . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Viuda de Pujol y hermano.
Lucena. . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga. . .	Francisco de Moya.
Manila.. . .	D. Ramon Somoza.
Manresa. . .	Juan Alliot.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . .	Narciso Clavell.
Medina-Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia.. . .	José Galan.
Orense . . .	José Ramon Perez.
Oviedo . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma.. . .	Pedro José García.
Pamplona.. .	Viuda de Ripa.
París. . .	Lasale y Melan.
Plasencia.. .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego.. . .	Gerónimo Garacuel.
P. Sta. María. .	José Valderrama.
Requena. . .	Rafael Ripollés.
Reus. . . .	Pedro Moluer.
Rioseco. . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda.. . .	Rafael Gutierrez.
Rota. . . .	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
San Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Nicolas Power.
San Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander . .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla.. . .	Cárlos Santigosa.
Idem. . . .	Viuda de Fé y hermano.
Soria. . . .	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	José Pujol.
Teruel . . .	Vicente Castillo.
Toledo.. . .	José Hernandez.
Toro. . . .	Alejandro Rodriguez Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
Trin. de Cuba.	Meliton Francisco de Revenga.
Tuy. . . .	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco de P. Navarro.
Idem. . . .	José Mateu Cervera.
Idem. . . .	José María Moles.
Valladolid . .	Felix Mateo.
Valls. . . .	Cayetano Badía.
Velez-Málaga.	Antonio María Cebrian.
Vich . . .	Ramon Tolosa.
Vigo. . . .	José María Chao.
Vill. y Geltrú.	Magin Beltran.
Vitoria . . .	Bernardino Robles.
Utrera.. . .	Juan Ramos.
Ubeda.. . .	Carlota Treviño.
Zafra. . . .	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza. . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.